

BOLSILIBROS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

una mujer en la trampa

Frank McFair



SS

SERVICIO SECRETO



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

582 — Argumento para un cuento policíaco.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.165 — En Harlem, algo se masca.

En Colección BRAVO OESTE:

530 — Solo una india muerta.

En Colección KANSAS:

789 — La pista comenzó en Utah.

En Colección CALIFORNIA:

769 — Desde el mundo de las sombras.

En Colección ASES DEL OESTE:

628 — De una misma sangre.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.041 — El director de Banco.

En Colección COLORADO:

718 — Los Donovan presentan batalla.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

127 — El roquedal del arco iris.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

69 — Al servicio de una dama.

FRANK McFAIR

UNA MUJER EN LA TRAMPA

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.368

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

CAPÍTULO PRIMERO

Sentía la boca arrasada, reseca y las sienes le batían dolorosamente como si le hubieran metido un tambor entre ellas.

Al ponerse derecho, le pareció que la cama daba vueltas a su alrededor.

—Estate quieta —gruñó—. Estate quieta, maldita.

Se puso en pie, agarrándose a la mesilla de noche. ¡Santo Dios!, pensó. Aquello no había sido una fiesta, sino una locura. ¿Cuánto whisky y ginebra y vodka podía haber bebido?

—Si no paras —dijo en voz alta, roncamente—, vas a acabar con el hígado como una piedra de molino.

Recordaba vagamente que había una rubia en algún lado. Y una morena y otra rubia. Y todas parecían decididas a contarle sus historias, que eran iguales entre sí, intercambiables, al tiempo que él las «investigaba» minuciosamente. Y otro trago y otro. Sin parar.

¿No había propuesto alguien bañarse en la piscina? Eso era cuando él se había evaporado, trastabillando entre el jardín, para alcanzar la calle y buscar un taxi. Luego... nada. Hasta despertar ahora, en su piso, hecho un desastre. Y tenía que trabajar. Tenía que ir al periódico y escribir una crónica sobre... ¿sobre qué, Santo Dios?

El sonido del teléfono lo sobresaltó. Casi dio un salto de alegría.

—Bueno, ya están ahí esos —dijo—. ¡Maldición! ¿No pueden dejarme tranquilo?

Tuvo la idea de no responder, pero ya antes su mano había descolgado automáticamente el auricular.

—¡Hable! —había querido gritar, pero su voz fue solo un lamentable crujido. Le dolía la garganta.

—Ev... —dijo una voz femenina en tono bajo. No la reconoció al momento.

—Bueno, sí, Ev. ¿Quién diablos...?

—Ev, soy yo, Lee.

—Lee... ¿Qué diablos...?

—Ev, por favor, necesito hablarte. Por favor.

—Bueno... ¿para qué?

—No puedo explicártelo por teléfono, Ev. Pero es preciso que te hable. No... no puedo decirte más.

—Está bien, ¡está bien! ¿Cuándo?

—Ahora, Ev.

—¿Estás en la ciudad?

—Sí. He llegado esta mañana. Por favor, Ev, es muy urgente.

—Está bien, no sigas diciendo lo mismo una y otra vez. Oh, Dios.

Bueno, te veré en...

—¿No podría ir a tu casa, Ev?

—¿A mi casa?

Lanzó una mirada a su alrededor. La chica negra que le limpiaba dos veces a la semana no había venido la última, porque su marido había cogido una de sus frecuentes borracheras. La casa parecía una pocilga.

—Bueno, ven, si no te importa mancharte tus zapatitos ni tus guantecitos.

—Ev, por favor.

—¡Ven! Pero date prisa. Tengo que ir al periódico.

El teléfono hizo «clic».

Everett Stecman lanzó una mirada a su alrededor. Colillas por el suelo, rebosando de los ceniceros, vasos sucios, ropas por todas partes... Pero en realidad no veía aquello. Solo unos ojos azules, color pervinca, un pelo muy rubio, y los ojos otra vez... y el pelo...

—Maldición —dijo por cuarta vez en el día—. Lee...

Recogió algunas colillas y metió la ropa en el dormitorio. Luego, desnudo, como estaba, se metió en la ducha. Fría, caliente, fría de nuevo. La piel le pinchaba como si estuviera cubierta con agujas. Se frotó bien y tragó dos aspirinas, mientras la cafetera eléctrica zumbaba.

Bebió la primera taza casi hirviendo y luego buscó en la nevera. Había jugo de naranja y de pomelo. Eligió la primera porque solo pensar en el dulce le hacía sentir náuseas.

Solo después se atrevió a encender un cigarrillo, y al aspirar el humo se tuvo que agarrar a la mesa. Pasó enseguida. Se encontraba algo, muy poco mejor.

Entonces sonó el timbre.

La mujer era alta, casi tanto como él. Formas perfectas, bajo el fino traje veraniego de hilo blanco. Pecho bien desarrollado, cintura estrecha y caderas amplias. Llevaba lentes oscuros y poco maquillaje en la cara.

—Ev —dijo.

—Pasa, no te quedes ahí.

Entró. Ev cerró la puerta, se apoyó sobre ella, con el cigarrillo entre los labios y se quedó mirando a Lee.

—Bueno, es una sorpresa, Lee.

Ella lanzó una mirada distraída a la habitación y luego se enfrentó al hombre.

—Estás muy delgado...

—¿Has hecho quinientas millas para decirme eso? Pues sí, estoy delgado, me duele la cabeza y tengo que ir a trabajar. ¿Alguna amenidad más?

—Ev, por favor, yo...

—Bueno, tú. Y ahora, ¿a qué debo el honor, como diría una mala

novela?

—Ev...

—¡Déjate ya de tanto Ev! ¿Qué quieres?

—Dame un cigarrillo... Se me han acabado.

Ev se movió por la habitación. Entró al dormitorio y volvió con un paquete arrugado.

—Sírvete.

No le dio fuego. Las manos de ella temblaban al encenderlo.

—Ev, me lo ha quitado.

—Muy bien, te lo ha quitado. ¿Qué te ha quitado quién? Por un diablo, Lee, ¿crees que son horas de venirme con un crucigrama?

—Por favor, Ev. Se trata de Júnior.

—¿Y quién diablos es Júnior?

—Mi hijo. Me lo ha quitado.

Everett aplastó el cigarrillo en el cenicero, rabiosamente.

—Por partes, hermosa. ¿Quieres café? Yo voy a tomar otra taza.

—No... Bueno, sí, dame algo. Una taza...

Everett fue a la cocina. Mientras servía las dos tazas, oyó un golpe en la sala. Un golpe sordo, pero fuerte. Volvió a la sala.

La mujer estaba tendida de costado en el suelo. Los lentes se le habían caído.

Ev la tomó en sus brazos y la llevó al dormitorio. La dejó sobre la cama y le desabrochó la chaqueta. El corazón latía agitadamente.

La revisó rápidamente. Ninguna herida.

Puso un poco de whisky en un vaso y le levantó la cabeza para obligarle a beberlo. Ella tosió atragantada, y abrió los ojos. Los tenía enrojecidos y con profundas ojeras.

—Te has desmayado —dijo Ev—. ¿Puedes entenderme?

Lee afirmó lentamente. Luego se dio cuenta del desorden de sus vestidos e intentó arreglarlos con la mano izquierda.

—No te preocupes, no tengo ninguna intención lujuriosa —dijo Ev retirándose ligeramente—. Solo quería librarte de la opresión de esos corchetes.

—Por favor, Ev. Yo... sí, me he desmayado.

—¿Cuánto tiempo hace que no comes?

—¿Comer? No... no sé. He venido en el Greyhound... Creo que tomé un café y un bollo en Tucson.

—¿Nada más? ¿En cuántos días?

—Creo que tres.

—No me extraña que te desmayases. Vas a tomar el café, y te prepararé algo más.

—Ev, quiero decirte...

—Ahora, ni una palabra, ¿me entiendes? Ni una sola. Espera. No te

muevas.

Llamó al Clarion y habló con el subdirector.

—Bill, no me esperes por la mañana.

—¿Otra juerga? ¡Santo Dios! Te vas a matar.

—No se trata de eso, Bill. Iré al mediodía.

—Si el redactor jefe se emborracha por la noche, ¿cómo voy a poder sujetar a los redactores? —se lamentó la voz—. Bueno, Ev, ¿ocurre algo?

—Sí. Te contaré después. Dile a Bob que se siente en mi mesa, ¿quieres?

—Sí, cómo no. Y si quieres, también le puedo decir al editor que escriba el artículo de fondo.

—Vete al diablo. Haz lo que te he dicho. Bob puede comenzar a escribirlo. Ya hablamos de ello ayer.

Colgó. Fue a la cocina, y le llevó a Lee una taza de café con un poco de leche condensada. Luego abrió una taza de caldo concentrado y lo calentó ligeramente al fuego.

Lee hizo un ligero gesto de repugnancia.

—No, preciosa, lo vas a tomar, quieras o no, aunque tenga que echártelo gorganta abajo.

Ella obedeció, haciendo un gesto. Cuando terminó se quedó mirando a Everett.

—Se lo ha llevado.

—Por partes, preciosa. Si no te molesta, recuerda que no he vuelto a saber de ti desde que te casaste con ese tipo. Lo recuerdas, ¿verdad? O ¿no? Han pasado cuatro años, pero no creo que hayas olvidado lo que me hiciste.

Ella bajó los ojos.

—No, no lo he olvidado, Ev. Te pedí que me perdonases...

—Oh, sí, en esas cosas ya se sabe: «Perdóname, Ev, pero tengo que casarme con un tipo cargado de millones porque resulta que me he enamorado de él.» Por casualidad, claro. Una se enamora de un tipo rico por casualidad. El dinero no cuenta.

—Ev...

—Déjate ya de ese asunto. Dolió, pero pasó. Bien, te casaste con ese tipo. Y ahora, ¿qué diablos ha pasado?

—Las cosas no fueron demasiado bien.

—Y yo me alegro.

—Ev, por favor...

—¡Está bien! Me dejaste caer como un trapo sucio y viejo y luego las cosas no te fueron bien. ¿Qué quieres que haga? ¿Que llore? Pues no lloro. Estuve a punto de hacerlo cuando me colgaste. Pero mientras hay whisky hay esperanza. Agoté el whisky y la esperanza al mismo tiempo. ¿Y bien?

—Nació Júnior. Pareció que las cosas se arreglarían, pero Marsh

continuó con sus... amigas, y sus...

—Y sus diversiones, ya. Algo así, ¿no?

—Sí.

Lee se sonrojó ligeramente.

—Era... repugnante. Incluso llegó a llevarlas a casa, a ellas y a sus amigos, a sus lacayos.

—Y tú lo aguantaste, claro. La amante esposa, la comprensiva... ¿te importaría que te dijera que me das asco?

—No se trataba de mí, sino de Júnior. Por último, le empecé a Marsh. Le dije que no consentiría todo aquello y entonces... entonces me hizo una cosa horrible.

—¿Aún más horrible, nena?

—Sí.

Lo miró.

—Ev, ¿me creerás? ¿Todo lo que te diga?

—No lo sé —respondió él brutalmente—. Me engañaste una vez. Igual puedes engañarme ahora.

—No lo haré. ¿Quieres que lo jure?

—Hombre, eso no. No quiero que te condenes por mi causa. Creeré lo que sea creíble, pero no me pidas milagros de fe. No, después de lo que me hiciste.

—¿No puedes olvidarlo, Ev?

—No, ni quiero. No olvido las marranadas. Y lo tuyo lo fue. ¿O es cierto que te casaste enamorada?

—Yo... yo lo creía. Creí que el dinero no era todo...

—No, pero allí estaban las bolsas esperándote. Qué estupendo, ¿eh? Eso sí que se llama mezclar lo útil con lo agradable, nena. Los suecos son gente práctica, lo sabía, pero no creía que tú fueras tan «sueca». Pero dejémoslo.

Hizo un movimiento con el brazo, barriendo el aire.

—Sigue, preciosa.

—Me hizo algo horrible, Ev. Dio una fiesta. Allí me presentó a un tipo. Al parecer era un hombre muy agradable. Durante la fiesta estuvo todo el tiempo conmigo. Marsh se emborrachó, y comenzó a insultarme. Lo hizo de todas las formas. Procuré aguantar, pero al final no pude resistir más. Cogí mi abrigo y salía ya, cuando ese hombre me dijo que me acompañaría. Subimos a su automóvil. La fiesta era en el rancho de Marsh.

Se cogió la cara entre las manos.

—Es repugnante...

—Bueno, bueno, nena, vamos a dejarnos de dramatismos. Sigue.

—Le dije que me llevara a mi casa. Lo hizo, y durante el camino yo iba llorando. Al llegar a casa, entró conmigo. Cuando le dije que quería quedarme sola, me abrazó... pareció... pareció que quería consolarme, solamente. Le dejé, porque era un consuelo poder desahogarme.

—Historias de dormitorio, no, preciosa.

Ella alzó la cabeza, con gesto ofendido.

—Ev, por favor, no hay nada de eso.

—Bueno, menos mal. Las mujeres se consuelan muy pronto, si hay unos hombres fuertes cerca.

—Cuando me quise dar cuenta, él estaba besándome y quería quitarme la ropa. Lo rechacé, y en ese momento algo me deslumbró. Había un hombre en un rincón, debajo de la escalera y tenía una cámara fotográfica. Volvió a disparar una y otra vez y luego corrió hacia la puerta.

Ev frunció las cejas.

—Sigue —dijo.

—Ese hombre, el que me había acompañado, corrió tras él, y... no volví a verlo.

—Sigue, no te pares. Aunque creo que ya sé lo que sigue.

—Sí. Dos días después, un abogado amigo de Marsh me presentó la alternativa. O aceptaba el divorcio o... ¡es repugnante!

—O presentaba en el juicio las fotografías, ¿verdad?

—Sí. Eso fue lo que me dijo.

—¿Y tu marido?

—Se negó a hablar del asunto. Dijo solamente que yo era una mujerzuela y que no merecía tener conmigo al niño.

—Bueno, y entonces tú te cruzaste de brazos y...

—No, Ev. Lo que hice fue consultar con un abogado. Me dijo que no llevase el asunto al tribunal, porque....

—Porque probablemente tu marido lo había comprado, ¿no?

—No lo sé. Las fotografías no demostraban nada, en realidad. Pero podían ser mal interpretadas.

—Comprendo. Bien, Lee, y, ¿qué quieres que haya yo ahora?

Ella lo miró. Había un absoluto desamparo en sus ojos.

—Ev, yo... no lo sé. Palabra que no lo sé. Es que... no tenía donde volverme. Comprende, todos los amigos... me abandonaron. Marsh tiene mucha fuerza. Maneja mucha gente y los amigos... lo temen, o le deben favores. No lo sé, Ev, palabra que no sabía qué hacer, cuando Marsh hizo que un juzgado se hiciera cargo del niño hasta tramitar el divorcio. Y yo... yo... el niño lo es todo ahora para mí.

—Y te acordaste del tipo al que dejaste colgado y le dijiste: «Ese tonto que ya pasó por una vez, pasará por otra.»

Lee se puso en pie.

—Lo siento —dijo con dignidad—. Te acabo de decir que vine porque no sabía a quién acudir. Comprendo tu punto de vista. Bien, intentaré...

Se abrochó el vestido y miró alrededor.

—Ya me voy, Ev. Lamento haberte causado este trastorno. De veras. Me voy. Tú... ¿cómo te va?

—Soy redactor jefe del Clarion, y me soportan porque soy el mejor redactor jefe de la ciudad. Me va bien.

—Me alegro, Ev. Y ahora... me voy. Supongo que tendré que estar en casa pasado mañana. Tengo que ver al abogado de nuevo y... Bueno, me voy.

—¡Espérate, maldición!

Ella lo miró. Buscó los lentes, después.

—Espérate. ¿Qué quieres que haga? —repitió Ev.

—Yo no lo sé, Ev. Ya te he dicho...

—Sí, me lo has dicho. Estás aquí, y te has desmayado. O, ¿lo fingías?

Bien sabía él que no, porque le había abierto los ojos y los había encontrado en blanco. Pero quería hacerle daño. Tanto como le había hecho ella a él hacía cuatro años.

—Siéntate.

—Pero, Ev...

—Siéntate he dicho. Primero vas a comer algo sólido. Luego, vamos a seguir hablando.

—No, Ev, lo siento. Me voy. Tengo que coger el próximo Greyhound, y creo que sale a las tres. Adiós, Ev.

Cogió su bolso y se dirigió a la puerta. Un momento después esta se cerró tras ella.

CAPÍTULO II

En el periódico escribió rápidamente el artículo de fondo, habló con el confeccionador y con el subdirector, y a las doce se encontró mirándose al espejo del cuarto de aseo.

—Cerdo —se dijo—. Míralo así, si quieres, pero te has portado como un cerdo.

Encendió un cigarrillo y volvió a su despacho. Lo esperaba su segundo redactor jefe.

—Bob, muchacho, ¿no hay nada más?

—No, Ev. Las prensas están listas.

—Pues que rueden. Me voy.

—¿Adónde?

—No lo sé aún. Mañana es domingo. No me vais a ver hasta el lunes.

—Tenemos...

—Sé lo que tenemos para mañana, pero también tengo algo urgente. Voy a hablar con Bill.

El subdirector recibió con una sonrisa su petición.

—Sí, hombre, abandónanos, pero algún día el editor se va a cansar y ese día te vas a encontrar con que... Bueno, ¿algo grave?

—Puede ser. Bill, creo que voy a adelantar mi permiso.

—Estamos en buena época. Pero creí que querías venirte con Mary y conmigo a los Lagos.

—Quizá no pueda, Bill. ¿Recuerdas a Lee?

—¿A aquella perra? Sí, ¿cómo no?

—Bueno, está en un compromiso. Grande. Me necesita.

—El buen samaritano. ¿No tienes juicio?

—No, definitivamente el buen juicio está reñido conmigo.

Apretó las mandíbulas.

—Bill, me necesita. Y aún no me he acostumbrado a tirar a los leones a aquellos que me necesitan. Y no me digas lo que piensas de mí.

—No. Está bien. Es diez de julio. Las vacaciones te correspondían el veinte, ¿no?

—Sí.

—Adelántalas. Pero, una cosa, Ev. Si algo ocurre y te necesitamos, no nos echas a los leones a nosotros. Y, otra cosa. El Clarion tiene fuerza. Si lo necesitas... ya sabes donde estamos. El editor te aprecia, aunque no sé por qué.

—Lo sé.

—¿Te ausentas de la ciudad?

—No lo sé aún —Miró el reloj—. Y me voy. Di que me preparen un

cheque por mi sueldo.

Ordenó a su secretaria que le mirase las salidas de los Greyhound para el oeste. A las tres. Le quedaba el tiempo justo para llegar. Bajó los escalones del diario de tres en tres y subió a su coche. Cometió dos infracciones que los policías le perdonaron porque lo conocían y llegó a la terminal justo cuando los pasajeros iban subiendo al autobús. A tiempo para coger a la muchacha del brazo.

—Ev —dijo ella asustada—. ¿Qué?

—Voy contigo.

—Pero, Ev...

—Déjate ya de «Ev», por aquí y «Ev» por allá. Voy contigo. No sé por qué, pero voy.

Ella cerró los ojos.

—Bueno... yo no sé qué decirte.

—Todavía no. No me digas nada aún.

Subieron. La joven estaba sentada junto a un viajero gordo y sudoroso en la calurosa tarde de julio.

Accedió a la petición de Everett y se trasladó de asiento. Ev pagó su billete en tránsito, con un pequeño recargo.

Y por fin el autobús, con el galgo pintado en el lateral, arrancó.

—Y ahora, Lee, comencemos otra vez. Nombres, por el amor de Dios, nombres, direcciones, todo. No una, sino dos veces o todas cuantas hagan falta.

Ella sonrió de pronto. Era la primera vez que lo hacía.

—Sí, Ev. Pregunta, ¿quieres?

Y Everett comenzó a preguntar.

* * *

Llegaron a la ciudad el domingo a mediodía. Everett se despidió de Lee en la terminal del autobús.

—No quiero que nos vean juntos aún —dijo—. Y procura recordar todo lo que te dije.

—Lo haré, Ev. Y, por favor, ten cuidado. Marsh tiene mucho poder, y no vacila en usarlo.

—Ya te oí. Te llamaré luego para decirte dónde puedes encontrarme cuando lo necesites. No quiero que lo hagas al hotel.

Le dio una palmada en la espalda.

—Cuídate —dijo un poco torpemente. Le resultaba aún muy extraño el volver a estar junto a ella.

Se alojó en el Milton, y una vez que hubieron subido la maleta, salió a la calle.

El corresponsal en San Luis del Clarion vivía en Rattigan, cerca del río.

Fue allí donde primero se dirigió. El correspondiente estaba trabajando en la agencia, le dijo su mujer, pero llegaría probablemente enseguida. Se ofreció a telefonarle y Everett lo aceptó.

El hombre llegó poco después. Era joven, alto y fuerte. Estrechó la mano de Everett.

—Me alegro de verlo de nuevo —dijo. Se habían conocido en una convención del Clarión hacía un año—. ¿Problemas, míster Stecman? Por supuesto, comerá con nosotros.

—Hay un problema, pero no es de la empresa —respondió Everett—. Personal mío, pero probablemente necesitaré su ayuda. Por supuesto, si no puede, dejaremos correr el asunto. No quiero que pueda comprometerse con nosotros.

—Bueno, explíquemelo mientras comemos.

La mujer sirvió la comida y tan pronto como empezaron, Everett dijo:

—Mallory, quiero saber si Marsh tiene influencia entre los periódicos de aquí.

—No ha tocado la prensa —respondió el otro sorprendido—. No tiene intereses en el Sindicato de Prensa, ni en las empresas, aunque lo tiene en otros sectores. Así que ese es su asunto, míster Stecman.

—Lláname Ev. Sí, ese es mi asunto. ¿Por qué?

—¿Se trata quizá de su esposa?

—Sí, de ella se trata. ¿Es que saben ustedes algo aquí?

—Algo se ha filtrado, Ev. Marsh quiere divorciarse. Y parece que ella esta vez le ha dado pie. Marsh reclama a su hijo.

—Fraguó las pruebas, Mallory.

—Bueno... eso ya no lo sé, aunque también se ha filtrado algo. ¿Va usted a atacar a Marsh?

—No lo sé... aún. Pero quiero saber todo lo que puedas decirme acerca de él.

—Su padre hizo muchos millones, nadie sabe cuántos, con los petróleos. Él domina dos compañías locales y tiene mucha influencia con los bancos, por lo menos con algunos de ellos. Los grandes bancos lo miran con recelo, pero hasta ahora no se han encontrado. Digamos que se respetan. También se asegura que le ha tentado alguna vez el juego legal, pero ahí sí que nadie sabe lo que ocurre, porque esas cosas están cubiertas por una nube de humo impenetrable. Gran parte de su dinero lo tiene también en bienes raíces. Es dueño de muchas propiedades en inmuebles. Hay quién le atribuye la propiedad de más de doscientas casas de alquiler. Pero todo eso lo llevan compañías subsidiarias. Se especula mucho, pero no se tienen seguridades en ningún sentido.

—Comprendo.

—¿Dices que fraguó las pruebas?

—Creo que sí.

Mallory puso los labios como para silbar.

—Bien, la cosa se presenta difícil, Ev.

Ev se encogió de hombros.

—Mallory, ¿puedes darme las señas de un hombre llamado Beau Long? Apenas sé algo más de él.

—Artie Beau Long. Bueno, nadie sabe de qué vive, pero lo hace a lo grande. Es decir, procura estar donde están los grandes y vive de sus migajas o algo por el estilo. Se asegura que tiene trescientos trajes, y no se pierde una fiesta. Pero por supuesto, excepto en una temporada en que trabajó como vendedor de coches importados de Europa, coches caros, nadie le ha visto mover una mano.

Cogió un lápiz y un papel y apuntó una dirección.

—Allí vive. En el Sheraton. Por supuesto, debe estar en deuda con el hotel por un buen puñado de dinero, pero no lo presionan mucho, porque debe facilitarles clientes entre sus amistades. Ya comprendes la clase de tipo, ¿no?

—Sí. Bien, gracias. Mistress Mallory, la comida ha sido espléndida.

—Lláname Jane, Ev. ¿Cenarás con nosotros?

—No tengo ni idea, pero os llamaré por teléfono para decíroslo.

Salió a la calle. Miró su reloj. Eran las dos ya. El Sheraton no estaba lejos. Pero antes entró en un establecimiento de alquiler de coches sin conductor y alquiló un «Impala».

El recepcionista del hotel examinó discretamente sus ropas.

—Míster Long no está en su habitación —dijo lanzando una mirada al casillero.

—¿Sabe cuándo regresará?

—Lo ignoro, señor. Pero puede usted dejarle un recado si quiere.

—Soy un viejo amigo suyo, pero no sé si recordará mi nombre.

Escribió rápidamente en un papel y pidió un sobre al empleado. Cerró el sobre y se lo entregó.

—Gracias.

Salió. Se metió en una cabina y llamó a Mallory.

—¿Dónde se puede ver a Long, digamos a las siete?

—Difícil. Tiene muchos sitios donde ir, pero muchas veces va al Yachting. Es un club privado. No podrás entrar si no te presenta algún socio. Y yo no lo soy. No puedo permitírmelo.

—Gracias.

Cuando colgó, tomó el coche y se dirigió hacia los Mightys. La zona residencial estaba tranquila bajo el pesado calor del mediodía. Rodando lentamente examinó la casa de Marsh, es decir, lo que podía ver, debido a que el edificio estaba en medio de una extensión de no menos de cinco acres de césped y arbolado. Junto a la puerta había la casa de un guarda.

Volvió a su hotel. Había una llamada para él. De Long. Decía que le

llamase a las siete al Yachting. Había sacado. En la nota que le dejó le había escrito que quería proponerle un buen negocio. El cebo era burdo, pero un hombre como Long no dejaría de echarle un vistazo, por lo menos.

Llamó a la casa de Lee y ella cogió el teléfono. Su voz sonaba tensa.

—Estoy en el Milton —le dijo—. ¿Algo nuevo?

—Él me envió de nuevo al abogado. Quiere precipitar las cosas.

—¿Sigues en el rancho?

—Sí.

—Te llamaré esta noche, si no vas a salir.

—No me moveré de aquí. Ev, pero por Dios...

—Limitate a eso. Y si me llamas aquí, no des tu nombre.

Colgó. Luego, como apenas había podido descabezar un sueño en el autobús, se echó en la cama, después de pedir que lo despertasen a las seis.

A las siete en punto estaba en el Yachting. El portero examinó su tarjeta.

—Míster Long dijo que pasara usted al bar —dijo—. Al fondo, junto a la salida del golf.

Allí lo encontró. El portero debía haber telefoneado, porque Long lo esperaba en la puerta del enorme bar de cristal y madera.

—¿Es usted Stecman? ¿Quería verme?

Long era casi tan alto como Everett. Parecía en perfecta forma física, pero aquello le duraría poco, probablemente. Había bolsas bajo sus ojos, y sus mejillas estaban ligeramente blancas.

—Sí.

—Habló usted de un negocio. ¿Qué clase de negocio?

—¿Podemos hablar aquí? Preferiría hacerlo en otro lugar.

—Este es un sitio muy bueno. Escuche, Stecman, ¿qué es lo que quiere, en realidad?

—¿Podría verlo esta noche en su hotel?

—No lo creo. Tengo la noche ocupada.

—A mí no me importaría la hora.

No le había preguntado si quería beber algo. Era evidente que no lo consideraba necesario. Su voz tenía un tono altivo. Con la cabeza un poco levantada contemplaba casi despectivamente a Everett.

Este decidió que el ataque directo sería la mejor táctica.

—¿Qué le parecerían diez mil dólares, Long?

—¿Por hacer qué? ¿Qué clase de negocio?

—No se lo voy a decir aquí. No aquí. Pero es un negocio en el que puede ganar diez mil dólares con muy poco trabajo. Con ningún trabajo, diría yo.

—¿A qué se dedica usted?

—Soy periodista.

—¿Y un periodista puede hacer negocios de diez mil dólares?

—Puede hacer que algún otro los gane, sí. Y creo que ya he dicho bastante, Long. No estoy suplicándole. Si usted no quiere, otro se hará cargo del asunto.

Dio media vuelta. Long lo llamó.

—No corra tanto. Vamos a beber un trago.

—No he venido a beber, Long. Yo necesito a un hombre como usted, y usted puede que necesite diez mil.

—¿Se trata de alguna noticia?

—Sí.

—Hagamos una cosa —respondió Long después de pensar durante un momento. O al menos, hizo como que pensaba—. Llámeme esta noche a mi hotel. Sobre las nueve y media.

—¿Estará? Ya he esperado bastante.

—Estaré. ¿No quiere un trago, de veras?

—No.

Esta vez salió definitivamente. Había empleado la mejor de las tácticas: demostrarle a Long que no era un gorrón a la búsqueda de un trago. Picaría.

Picó. A las nueve y media fue él mismo quien cogió el teléfono.

—¿Stecman? Venga por aquí. Hablaremos de ese famoso negocio. Pero le prevengo que si no me interesa a las primeras diez palabras, no llegaremos a ningún acuerdo. No puedo perder tiempo. Tengo que asistir a una fiesta a las diez y media.

—Le interesará.

Long lo recibió con una corta bata de seda sobre un smoking blanco. La *suite* era lujosa. Por la puerta entreabierta se veía parte del dormitorio.

—Bien, Stecman. ¿Qué es ello?

—No voy a perder mucho tiempo, Long. Trabajo para una cadena de periódicos del Este. Estamos haciendo una serie de entrevistas con VIPS. Tan pronto como tengamos suficientes las lanzaremos. Hemos pensado en cinco de este Estado. Uno de ellos es amigo suyo. Marsh.

Los ojos de Long se entornaron.

—¿Por qué no se dirige usted a Marsh?

—Muy sencillo: lo haré, pero antes le diré una cosa. Marsh nos va a contar prácticamente lo que todo el mundo sabe. Nosotros necesitamos más... ambiente. Cosas que no sepa todo el mundo. Intimidades. Anécdotas de las que no suelen salir a la luz, y que solo conocen algunas personas. Entre lo que nos cuenten los entrevistados y lo que añadamos por lo bajo, sacaremos semblanzas verdaderas. Pagamos diez mil a los que nos ayuden.

—¿Por qué cree usted que yo le puedo ayudar?

Stecman se encogió de hombros.

—¿Puede o no, Long? Ese es el asunto. Puedo dirigirme a otras personas. A mí me da lo mismo. Pero alguien me ha dicho que usted es

uno de los hombres que se mueven en el círculo de Marsh y en otros círculos. La de Marsh será la primera. Luego vendrán otras. Puede usted sacar veinte o treinta sábanas. Pero queremos ambiente, Long. Ambiente. No idioteces de «vendí periódicos hasta los quince años y luego empecé algunos negocios». Queremos cosas como: «A Smith le gustan las rubias rellenas, pero las rubias no siempre quedan satisfechas.» ¿Me entiende?

Long estaba silencioso. Stecman volvió a encogerse de hombros.

—Como quiera, Long. Buscaré en otra parte. Tengo una lista de tipos que me pueden ayudar y a los que les gustan los «lomos verdes».

—Espérese, con un diablo.

—Bueno. Pero no tengo tiempo que perder.

—Escuche, no me comprometo a nada. Pero esta noche voy al rancho de Marsh. Me invita siempre. Somos amigos. No puedo tampoco meterme en cochinadas, ¿queda eso claro?

—No queremos cochinadas. Somos una cadena decente. Pero sabemos lo que interesa al gran público. Usted denos material y nosotros pagamos.

—Venga conmigo esta noche. Marsh no pone reparos si le llevo algún amigo.

Everett estaba impasible, pero bullía por dentro. Había clasificado bien al tipo. La sola mención de los veinte o treinta mil dólares le había puesto nervioso. Pensaba mal ya. Debía necesitar el dinero urgentemente.

—De acuerdo. Pero recuerde. Soy... Smith. Un amigo suyo. O Williams, o Jones o Carminchael. Me conoció en... ¿dónde?

—En Sun Valley... —miró las ropas de Stecman—. ¿No tiene un traje mejor?

—Lo tengo.

—Pues llévelo. Salimos dentro de media hora. ¿Le va? Lo recogeré en el hotel.

—Siempre llevo mi coche. Es una manía. Venga al hotel y yo le seguiré.

—De acuerdo. Dentro de media hora. Si no tiene smoking blanco lleve ropa deportiva. Irá bien.

—De acuerdo.

Stecman salió. Sin despedirse.

CAPÍTULO III

El rancho debía ser enorme. La casa y el camino que llevaba a ella estaban iluminados. En un arenal había una barbacoa en la que se asaban aún enormes chuletas. Había bastante gente, sentada en el suelo o en bancas, comiendo en platos de cartón.

Long se abrió paso y entró en el vestíbulo de la casa. Un hombre alto y ya grueso, aunque no debía pasar de los cuarenta, los recibió. Tenía un vaso en la mano.

—Hey, Artie. Un poco tarde, ¿no?

—Marsh, te traigo un amigo. Espero que no te importe.

—Por supuesto que no.

Stecman se encontró enfrentado a una cara que sonreía, pero solo con la boca. Los ojos de Marsh eran fríos, helados, tras sus lentes montadas al aire.

—Lo conocí en Sun Valley. Es un buen muchacho.

—¿Le gustan los deportes de invierno, míster...?

—Carmichael —respondió Stecman. Cuando Marsh llegó a San Luis y se alzó con Lee, no había visto a Ev—. Sí, me gustan. Allí conocí a Artie.

Marsh dio a este un golpe en la espalda.

—Pues, diviértase, Carmichael. Si no ha cenado, vaya a la barbacoa, y si lo ha hecho, desnúdese y métase en la piscina. Agua a 29 grados, ni uno más ni uno menos. Ja, ja.

—Ja, ja —rio Stecman—. Creo que me comeré una chuleta. Olían bien. Tenía ganas de conocerlo, Marsh. He oído hablar de usted.

—Espero que bien. ¿Dónde?

—Por ahí y por allá. Pero sobre todo, a Artie. Este es un admirador de usted.

—Artie, sí —respondió Marsh—. Artie admira a mucha gente, ¿eh Artie? Buen chico. Bien, vaya, Carmichael y haga como le guste. Yo tengo que hablar un rato con Artie.

—De acuerdo, Marsh.

Fue a la barbacoa. Una mujer morena, con el largo pelo cayéndole sobre los hombros, le puso en la mano un plato con una enorme chuleta.

—No lo había visto antes. ¿Nuevo en la fiesta?

—Sí.

—Cuando se lo coma podemos hacer carrera en la piscina. Yo gano siempre, se lo advierto ya.

—Déjeme comer la carne y pensaremos en ello.

La mujer tenía formas redondeadas, caderas espléndidas y un vestido de escote muy bajo que apenas dejaba algo a la imaginación.

Pero apenas había terminado la carne cuando Artie apareció a su lado sonriendo. Aunque el aire se estaba enfriando, Everett notó que se limpiaba el sudor del labio superior.

—Déjanos, Ethel. Carmichael y yo vamos a hablar.

—Bueno, nenes. Estoy en la piscina.

Y se alejó quitándose ya el vestido. Debajo llevaba un dos piezas del mismo color casi que su bronceado cuerpo.

—Venga, Stecman.

—¿Dificultades, Long?

—No lo creo.

Pero había lanzado una mirada rápida hacia la casa. Everett lo siguió. Cruzado el *hall* había una puerta que daba a un despacho. Librerías con tomos que apenas se habían usado, y objetos indios, algunos de ellos probablemente antiguos. Stecman no tenía conocimientos bastantes para saberlo. Y por otra parte no le interesaba demasiado.

Marsh estaba sentado tras de una enorme mesa de despacho.

—Pase, Carmichael.

Everett sintió una ligera corriente de aire frío en la espalda. Los pelillos de la nuca se le erizaron.

La puerta se cerró tras de él.

Marsh tenía una cartulina en la mano. La empujó sobre la mesa.

—Vea esto... Carmichael.

Stecman cogió la cartulina. Era una fotografía. En ella, Lee miraba a la cámara, y a su lado, él mismo, Ev Stecman. Instantáneamente recordó la fotografía. Cinco años antes, en las Montañas Blancas, en un fin de semana. Lee y él habían ido a esquiar.

—Y ahora... «Carmichael», ¿qué quiere usted?

Stecman se volvió lentamente. Artie Long estaban junto a la puerta, pero no solo. Había otro hombre junto a él, un tipo alto, con cara labrada a hachazos y cabeza calva.

—¿Qué es esto, Marsh? ¿Una trampa?

—Llámelo como quiera. Pero me va a decir lo que busca o ese hombre le obligará a hacerlo. Usted era el amante de mi mujer antes de que yo la conociera. Usted está aquí, ahora, cuando las relaciones entre mi esposa y yo están... ligeramente deterioradas. Vamos, hable.

—Le diré una cosa, Marsh. Si me pone alguien la mano encima, algunos lo van a sentir.

—Usted, seguramente.

Marsh sacó un cigarro de una caja se lo puso entre los dientes y dijo:

—Usted tiene algo entre manos. Y me lo va a decir. Quiero oír lo que sea. Vea, Stecman, usted es periodista, ¿verdad? Pues a mí me gusta estar a bien con la Prensa pero no aguanto mentiras. No me gusta que llegue alguien a mi casa y se meta en ella mintiendo, ocultando su nombre. No

me gusta. Y estoy en mi casa. ¿Cómo diablos sé si ha venido usted a... digamos hacerme objeto de... un chantaje?

—¿Tiene usted algo por lo cual se le pueda hacer objeto de chantaje?

—No, pero se puede intentar. Cualquiera puede intentar hacer un chantaje a otro hombre. Usted ya lo sabe. Y, bueno, ¿qué hay? ¿Por qué ha venido aquí?

—Artie se lo puede decir. Quiero hacer un reportaje sobre personalidades noticiables.

—No me creo un hombre noticiable, pero si lo creyera, hay muchos periodistas aquí que podrían hacerlo, y mejor que usted, Stecman. Así que ya puede ir diciendo lo que le ha traído hasta mi casa ocultando su verdadera personalidad.

Ev permaneció un momento en silencio. Luego, asintió con la cabeza.

—Está bien, usted gana, Marsh. Me enteré de que Lee y usted andaban en dificultades y...

—¿Ella se lo dijo?

—No. Me enteré por otros conductos. Y vine para ver si podía ayudarla. No me puede culpar por ello, ¿verdad? Después de todo éramos muy buenos amigos.

—¿Y por eso ocultó su nombre?

—¿Qué hubiera usted hecho si llego aquí bajo mi propia personalidad? Ni siquiera me hubiera recibido. Por eso recurrí a un pequeño truco. Pero pensaba aclararlo tan pronto como hubiera podido hablar con usted.

Marsh le miraba fijamente. Parecía estar sopesando sus palabras.

—No debió hacerlo, Stecman, pero en fin... Bien, no hablemos más. Pero sí le diré aún que mi esposa no comprende bien el marco de la situación, pero no hay nada en ella que pueda intranquilizarle. Dígaselo así si la ve.

—Lo haré —respondió Ev.

Marsh dio la vuelta a la mesa y le tendió la mano.

—Bien, Stecman, ya ve como cuando dos hombres hablan siempre pueden llegar a un entendimiento. Artie, acompaña a Stecman y procura que se divierta.

—Sí. Marsh, claro que sí.

El calvo les abrió la puerta. Stecman lanzó una última mirada al dueño de la casa. Este sonreía con la boca, pero no con los ojos. Ninguno de los dos había creído ni una sola palabra de lo que dijo el otro.

La muchacha morena salía de la piscina en ese momento, goteando agua sobre la piel sana y bella. Tenía un cuerpo estatuario, agilizado aún más por la práctica de algún deporte.

—¿No, nada? —preguntó—. ¿Y tú, Artie?

—Esta noche no —dijo el último—. Bien, Stecman, ¿usted?

—Tampoco. Creo que me iré.

—Le acompañaré.

—¿Se van los dos? —preguntó ella.

—Sí, Ethel. Acompañaré a Stecman.

—¿Así se llama usted?

—Ev Stecman.

—Espérese un poco, Ev —dijo Artie Long—. Vuelvo al momento.

La muchacha lo miró irse. Luego, deliberadamente, hizo ademán de escupir.

—¿Es usted amigo de Artie?

—Conocido, simplemente.

—No tiene el tipo de sus amigos. Son de... otra clase. De...ge...ne...ra...dos...

—¿Por qué me dice eso?

—Porque usted no me parece un degenerado.

—¿Y qué hace usted aquí, en medio de ellos?

Ella le clavó dos ojos color azul oscuro. Luego se quitó el gorro de baño y la abundante mata de cabello negro le enmarcó la cabeza. Ev se dijo que había visto pocas mujeres tan bellas como aquella.

—Estoy siguiendo los cursos de periodismo de la Universidad. Y contemplar a toda esta gente es... aleccionador y educativo para una futura periodista.

—Ethel, ¿qué? —preguntó Ev.

—Ethel Majenski. Mi abuelo vino de algún lugar perdido en Polonia.

—Y el mío de algún lugar perdido de Checoslovaquia. Cambió el Stec por Stecman.

—De eslavo a eslavo... Y, ¿qué hace?

—Periodismo.

Ella echó hacia atrás la cabeza y comenzó a reír.

—¿Tanta gracia le hace?

Ethel se puso seria de pronto.

—Pero usted no puede estar estudiando.

—No. Ejerzo. ¿Dice que le gusta conocer a toda esta gente?

—Sí. Ese degenerado de Artie me puso cerco, pero le demostré que no hay nada que hacer. Ahora finge ignorarme, pero aún no me ha perdonado. Y aquí viene. Ya nos veremos, Stecman.

—Ev, me llaman.

—Como quieras, Ev.

Artie apareció ante ellos. Alargó una mano y cogió el brazo de la muchacha. Esta se soltó con una brusca sacudida.

—No me toques, lagarto.

Un ligero calor subió a las mejillas de Artie.

—Bien, Stecman, vámonos. Le acompaño.

Llegaron hasta el lugar en que estaban aparcados los coches. En aquel

sitio había mucha menos luz.

—¿Viene conmigo? —preguntó Stecman.

—Sí.

Subieron y salieron de la propiedad.

—Eso que hizo usted estuvo mal —dijo Long—. Me engañó.

—Bueno.

—Y lo peor es que me hizo quedar mal con Marsh.

Hablaba en voz baja, pero Ev pudo notar perfectamente un tono de ira en la voz.

—Sí, me hizo pasar por tonto y eso no me gusta.

—Triste. Pero tal vez un trago sirva para hacer las paces.

—Hay cosas que necesitan algo más que un trago, amigo.

—Bueno, ¿qué quiere que haga? ¿Que le pida perdón de rodillas? Le ofrezco un trago en mi habitación del hotel.

La carretera se extendía ante ellos. Un desvío se anunció a la derecha y Stecman, con un volantazo, lo tomó.

—Ese no es el camino de la ciudad —dijo Long.

El desvío era un lugar oscuro y arbolado. Stecman paró el motor y se volvió hacia su compañero.

—¿Por qué se ha parado aquí? —preguntó Long.

Ev vio que el otro llevaba la mano al bolsillo. Alzó la suya y le golpeó en la cara con fuerza.

Long lanzó un gemido. Ev salió rápidamente del coche por su lado, dio la vuelta al vehículo, abrió la portezuela y sacó al otro por las solapas. Volvió a golpearle y luego le metió la mano en el bolsillo. Sacó de ella una pistola.

—Muy bien, cerdo —dijo—. Ahora vas a hablar.

A la luz del salpicadero vio la cara de Long. Echaba sangre por la nariz y por la boca.

—Vamos, habla.

—¿Qué... qué quiere?

—Saber lo que te pagó Marsh por la cochinada que le hiciste a su mujer. Eso, al principio. Después, otras cosas.

Long alzó la pierna y golpeó a Stecman. El golpe iba dirigido a la ingle, pero falló y le dio en el muslo derecho. Stecman volvió a pegarle en la cara, otra vez en la nariz.

—Te voy a reventar la bonita cara, gusano —le dijo—. Vas a necesitar la cirugía estética una vez que haya acabado contigo.

—¡No!

Stecman volvió a la carga. Dos nuevos golpes. Ahora, Long sangraba abundantemente, como un cerdo. La sangre manchaba su ropa.

—¿Cuánto te pagó Marsh?

—No... no me pagó.

—Pero te ordenó que hicieras el simulacro, ¿verdad? Te ordenó que colocases en desventaja a Lee y pusisteis allí al fotógrafo. Solamente por eso te voy a partir las rodillas para que tengas que andar con bastones toda tu vida. Vamos, habla.

Sacó la pistola y tumbó al otro en el suelo. Se sorprendió. Long estaba lloriqueando como un crío.

—Vamos, habla.

—Sí... sí, me lo pidió. No me... pagó, porque yo le debía dinero.

—Muy bien.

Stecman sacó una hoja de papel del bolsillo y un bolígrafo. Cogió al otro y lo colocó en el asiento.

—Escríbelo. Escríbelo y fírmalo.

—No puedo. Marsh me... me mataría.

—Perfecto. Eso me tiene sin cuidado. ¡Escríbelo, imbécil y no hables más.

Long comenzó a escribir, con mano temblorosa. La sangre seguía chorreando de su nariz.

—Si manchas el papel tendrás que comenzar de nuevo. Vamos, escribe.

Cuando terminó, Stecman, que había ido leyendo sobre su hombro, cogió el papel y se lo guardó. Sacó al otro del coche y miró. Ni el salpicadero ni el coche se habían manchado de sangre.

—Si dices una sola palabra, volveré a buscarte y te encontraré donde estés —le dijo—. Ya sabes cómo hago yo las cosas. Y esa vez te dejaré inválido para toda tu vida.

Hizo arrancar el coche, dejando al otro allí. Volvió a la ciudad a toda la velocidad permitida en la carretera y llegó al hotel. Pagó la cuenta rápidamente, cogió su equipaje y lo metió en el coche. Dijo que se marchaba de la ciudad y dio la dirección de un hotel de Las Vegas por si le llegaba correspondencia.

Mallory y su mujer estaban despiertos aún, contemplando la televisión. Fue el periodista el que le abrió la puerta.

—Dispensa, Mallory, pero necesito tu ayuda. ¿Puedes recomendarme un buen abogado y... de confianza? Quiero decir, uno que no tenga conexiones con Marsh.

—Claro que sí. ¿Ocurre algo? Bueno, no quiero hacer demasiadas preguntas.

—Más tarde te lo explicaré y es muy posible que obtengas un buen pisotón. ¿Puedes hacer lo que te pido?

—Por cierto que sí. Está el juez Borst. Es independiente y ha sido fiscal del distrito. Lo dejó para ocuparse de su bufete, no por presiones exteriores.

—¿Lo conoces?

—Bastante. ¿Quieres que lo llame?

—Hazme ese favor, ¿quieres?

Mallory ya estaba en el teléfono. Habló durante unos instantes.

—Borst te recibirá ahora, si quieres —dijo tapando un momento el auricular con la mano.

—Sí.

Mallory volvió a hablar y luego colgó.

—Te recibirá cuando quieras. Se acuesta tarde. Escucha, si estás en algún apuro...

—Ninguno del que no pueda salir. Pero sí quiero una cosa: mañana temprano necesitaré el télex de la agencia para comunicarme con el Clarion. No habrá inconveniente, me imagino.

—Ninguno, por supuesto.

—Otra cosa. ¿Quiénes son los Majenski?

Mallory puso los labios como si fuera a silbar.

—¿No lo sabes? El viejo Majenski el Viejo, como lo llaman todos, es el que maneja todo el cabotaje fluvial, los fletes, y tiene en un puño a la Cámara de Comercio. También es el que controla el sindicato de camioneros, que tiene aquí tanta fuerza como pueda tener el de Hoffa.

—¿Es el padre de Ethel?

—¿El padre? No, por cierto —respondió Mallory sorprendido—. Es el abuelo. El padre de Ethel murió en un accidente de coche, junto con su esposa. Pero ¿dónde diablos has conocido a Ethel? O, ¿solo has oído hablar de ella?

—La he conocido.

—Es amiga nuestra. De mi mujer, mejor dicho. Fueron juntas a la escuela y... bueno, ahora no se ven mucho pero siguen siendo amigas.

—Lo dejaremos para mañana, ¿quieres? Os veré mañana.

Mallory apuntó algo en un trozo de papel.

—Estas son las señas de Borst.

Ev le estrechó la mano.

—Hasta mañana y gracias, amigo.

CAPÍTULO IV

Borst tenía unos sesenta años. Era alto y delgado. Un ligero bigote blanco plateaba su labio superior. Lo recibió en un despacho de alto techo, con artonados de encina y estanterías repletas de libros.

—¿Bien? —dijo secamente.

—Señor Borst, quiero encargarle de un asunto. ¿Se lo resumo?

—Sí.

Lo hizo con la menor cantidad posible de palabras. Su profesión le había enseñado a hacerlo, prescindiendo de lo superfluo y sin dejarse nada de lo importante.

Borst lo escuchó en completo silencio. Fumaba una pipa que encendía regularmente.

—Y eso es todo. ¿Puede hacerlo, señor?

—Dice que le ha sacado a ese hombre una confesión bajo violencia física.

—Sí.

—Eso no servirá de prueba ante un jurado.

—No, pero servirá para que Long tenga que declarar. Y si hay juicio lo demás saldrá. De eso me ocuparé yo personalmente.

—¿Es usted abogado, señor Stecman?

—Lo soy, señor, pero no ejerzo. Conozco las leyes, en lo que cabe.

—Y usted quiere que guarde ese documento para ser utilizado en un posible juicio.

—Sí, señor.

—Y que me haga cargo de la defensa de su amiga.

—Sí, señor.

Borst meditó durante unos instantes, sin dejar de mirar a Everett.

—Ella debe pedírmelo personalmente.

—Lo hará, señor. Pero antes he querido saber su opinión sobre el asunto.

—Lo haré cuando hable con ella.

—Pero puede guardar el documento, ¿verdad?

—No, joven, no lo haré. No puedo guardar ninguna prueba en un asunto del cual no me he hecho cargo aún.

Everett lanzó un ligero suspiro. El otro alzó la mano.

—No me ha dejado terminar, joven. No lo guardaré aquí, pero nadie me impide guardar en mi caja del banco un documento que usted, como cliente, me entregue en este despacho.

—Gracias, señor. Soy su cliente.

—Deberá abonarme una cantidad en concepto de tal.

—Por supuesto.

—Y solicitar mis servicios como abogado. Por escrito.

Everett sacó la estilográfica y el abogado le tendió en papel, Everett escribió rápidamente y luego le entregó el papel.

—Y no lo olvides —dijo Borst—. Su amiga deberá venir mañana personalmente a solicitar mis servicios.

—Sí, señor, eso hará. Y... por cierto, ¿qué le parece el asunto?

—No opino antes de haber sido encomendado.

Everett dudó un momento. Si el juez resultaba ser amigo de Marsh... si resultaba que apenas él abandonase el despacho cogía el teléfono y llamaba al marido de Lee... Bueno, se iba a ver en un compromiso.

Borst pareció adivinar sus pensamientos.

—Está usted a tiempo de dejarlo, joven. Mis defendidos son sagrados para mí, pero exijo una confianza absoluta por parte de ellos.

—Me lo imagino, señor. Bien, el caso está en marcha. Yo confío en usted.

—¿Quién lleva la defensa de su amiga?

—Nadie aún. Marsh solo le ha presentado la demanda por medio de su abogado. Un tal Nitton.

—Lo conozco. Así que ella no ha nombrado abogado.

—No. Quiso antes hablar conmigo. Habló con un tal Muell, pero este la desaconsejó.

—Bien, que venga ella mañana a verme. Pero no aquí. A mi despacho en Martindale. La espero a las nueve de la mañana. Y ahora, por favor, tengo mucho trabajo.

Le estrechó la mano. Everett salió. Tomó su coche y se dirigió rápidamente a la casa de Lee. Las calles estaban vacías. Antes de llamar al timbre que había bajo el interfono, miró a ambos lados de la calle. Nadie.

Una voz en la que reconoció la de Lee preguntó quién era. Al identificarse, la puerta se abrió.

Lee lo esperaba en la puerta de la casa, pasado el jardín. Entraron.

—¿Estás sola? —preguntó Ev.

—Sí. Los criados han salido. Ev, ¿has...?

—Déjame respirar. ¿Tienes algo para beber?

—Claro que sí.

La mujer parecía ligeramente mejor que cuando la había dejado en la parada del autobús. De todas maneras, se retorció las manos constantemente.

—Lee, me dijiste que Marsh no viene ahora aquí, ¿verdad? Que vive en el rancho.

—Así es. Por lo menos, me dijo, hasta que se decida el divorcio. Ev, por Dios, ¿no podrías...?

—Calma, nena. He conseguido la confesión de Long.

—¿Que has...? ¡Oh, Dios, Ev! ¿No me estás...?

—¿Engañando? No. La he conseguido y la tengo a buen recaudo. No será válida ante un juez por la forma en que se la he sacado a Long, pero les obligará a moverse, al menos eso espero.

La miró fijamente.

—No me gusta que estés sola aquí. ¿No hay nadie que pueda venir a vivir contigo?

Ella se encogió de hombros.

—Casi todos mis amigos eran los de Marsh. Y simplemente lo prefieren a él. Es el dueño del dinero.

—¿No te ha ofrecido a ti dinero por el divorcio?

—Sí. Doscientos mil dólares.

—Hay algo que no me dijiste. De acuerdo en que vuestro matrimonio no iba bien, pero él habría podido continuar como hasta ahora, sin necesidad de divorcio, ¿a qué se debió ese cambio de opinión?

Ella bajó la cabeza. Se quedó mirando al suelo.

—Es humillante para mí, Ev. Aunque no más que otras muchas de las cosas que hube de soportar. Simplemente, quiere casarse con otra.

—¿Con quién?

—Con una muchacha rica. Pero no es solamente por eso. Es por la influencia que la familia tiene en la tildad.

| —Espera un poco. ¿Ethel Majenski?

Ella lo miró asombrada.

—¿La conoces, Ev? ¿Has oído hablar de ella?

—La he conocido esta misma noche. Pero ¿ella quiere casarse con él?

—No lo sé. Se los ha visto mucho juntos. Y él me dijo que le gustaba. Bueno, también me lo dijeron otros.

—Ya. Bien, Lee. No me gusta que te quedes en esta casa sola. ¿Sabes si Marsh tiene idea de sacar al niño de la Institución donde lo colocó el tribunal?

—No lo sé. No sé si podrá hacerlo sin orden del juez, pero lo creo capaz de cualquier cosa. Oh, no es que le importe el niño. Lo que quiere es presionarme para que acepte el divorcio.

Se retorció las manos. De nuevo parecía al borde del colapso.

—Tranquilízate. Haremos una cosa: inscríbete en el hotel.

—Lo... que tú digas, Ev.

Everett tomó un nuevo sorbo de whisky. Hubo un silencio y en medio de él les llegó claramente el sonido de un zumbador...

—Han abierto la puerta del jardín —dijo ella—. Solo... solo puede ser Marsh. Es el único que tiene la llave.

Parecía aterrorizada. Everett le puso la mano sobre el hombro.

—Ya habrá visto mi coche, así que no voy a esconderme. Por otra parte, tampoco quiero hacerlo. Si es él me va a encontrar aquí.

Se dirigió a la ventana y recorrió los visillos. Las luces de un automóvil barrieron el techo de la habitación. Luego el coche se detuvo.

Una llave rechinó en la cerradura y la puerta se abrió.

—Hola —dijo Marsh—. Sabía que lo encontraría aquí, Stecman. Hola, Lee.

No venía solo. Había dos hombres con él. Long, con un esparadrapo sobre la nariz y el hombre calvo. Este se colocó inmediatamente junto a la puerta.

—Adelante —dijo Everett—. ¿Te recogieron para llevarte al rancho de nuevo Long?

—Maldito cerdo asqueroso —dijo Artie—. Lo voy a...

—Calma —ordenó Marsh.

Se volvió hacia Lee.

—Has hecho lo peor que podías hacer, Lee. Hubiéramos podido arreglar las cosas entre los dos, sin necesidad de hacer venir a este hombre. Ahora ya la cosa no tiene arreglo.

—¿Qué clase de arreglo no tiene, Marsh? —preguntó Ev.

—Usted ya lo sabe. Ya sabe lo que quiero decir.

—¿Está amenazando, Marsh?

—¡Cállese! Usted ha golpeado a Artie y me ha amenazado a mí. La policía va a tener algo que decir de todo esto.

—¿La ha llamado ya, Marsh? —preguntó Everett provocativamente—. ¿La ha llamado Artie, quizá?

—No lo hemos hecho, pero lo vamos a hacer. No crea que aquí nos asustamos por sus métodos, Stecman. Aquí no nos gustan los matones.

—¿Y qué es ese tipo que está junto a la puerta? No me diga que se trata de un pastor congregacionista.

El calvo dio dos pasos hacia adelante.

—Yo le voy a enseñar —dijo trabajosamente.

Everett sacó la mano del bolsillo. La pistola que había cogido a Artie brillaba en ella.

—Si da un paso más te pego un tiro —dijo fríamente—. A mí tampoco me gustan los matones, Marsh.

—Usted no sabe lo que está haciendo, simplemente —dijo Marsh—. Usted no se ha dado cuenta de lo que hace.

—Pues no me obliguen a «darme cuenta». Podemos hablar, pero ese tipo va a salir de la casa.

—¿De mi casa? ¿De mi casa, Stecman?

—No discutamos. Artie, ¿le has dicho a tu amo que confesaste la cochinada?

—¡Tú me obligaste! Lo negaré ante quien sea.

—Eres muy libre. Pero te vas a ver en un buen lío, si lo haces. Y tu amo también.

—¿Qué es exactamente lo que quiere usted, Stecman? —preguntó Marsh.

Sus lentes, montados al aire, espejeaban a la luz.

—Quiero juego limpio. Usted montó la farsa de las fotografías y yo quiero borrar eso. Eso es lo que quiero yo y lo que quiere Lee. ¿Me ha entendido?

—Yo no monté ninguna farsa. No lo admito. Lee tuvo la culpa.

—No vamos a discutir. Si usted lleva su demanda de divorcio sin suciedades, tanto Lee como yo seguiremos el juego. Si insiste en presentar esas fotografías como pruebas en el juicio, yo presentaré la contrarréplica.

—Marsh, ese tipo lleva mi confesión en el bolsillo —dijo Artie entrecortadamente—. Hay que quitársela.

—Primero tendrías que quitarme la pistola, lagarto. Y no creo que seas lo suficientemente hombre como para intentarlo siquiera. Además, por si te interesa, ya no la tengo. Está en un sitio seguro. Completamente seguro. Así que, Marsh, ¿juego limpio?

Marsh se tocó la barbilla con la punta de los dedos.

—Podemos llegar a unas bases de discusión —dijo.

—No hay bases más que las que yo marco. Tengo el juego en mi mano en esta ronda. ¿Sí o no?

Marsh se volvió a Lee.

—¿Sí, Lee?

—Lo que diga Ev para mí está bien. O... —pensó un momento. Estaba pálida, pero decidida—. O bien, devuélveme a Júnior. Dámelo y olvidaré el asunto.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

El pecho de la mujer se levantaba a impulsos de la respiración.

—¿Me lo darás? ¿Me darás a mi hijo?

—Por cierto, podemos llegar a un acuerdo. Pero civilizadamente.

—¿Me lo darás? ¿Cuándo?

—Tan pronto como pueda hablar con el juez y...

—Tendrá que retirar la demanda basada en las fotografías, Marsh —intervino Everett.

—Lo haré.

—Bien. ¿Quién tiene los negativos de las fotografías?

—Yo, por supuesto.

—Los quiero. Ya sé que puede usted haber sacado cuantas copias quiera, pero ese es otro cantar. Quiero los negativos.

—Los tendrá.

Tanta humildad... tanta condescendencia...

—¿Por qué recurrió a ese truco, Marsh?

—No hubo ningún truco —respondió el otro—. Niego que haya habido truco alguno. Yo no envié al fotógrafo.

—Entonces fue el lagarto de Artie. ¿Artie?

—Yo no hice nada. El tipo estaba ahí, eso es todo.

Everett lo miró fijamente. Luego hizo una mueca.

—Bueno, Marsh, pueden marcharse.

—¿Puedo marcharme... de mi casa? Quiero hablar con mi mujer.

—He dicho que puede marcharse, Marsh. Usted no vive aquí. Puede volver al rancho o al infierno si le gusta.

Marsh se volvió hacia el calvo y Artie y les hizo un gesto. Los tres hombres salieron. La puerta se cerró tras de ellos.

Lee lanzó un suspiro hondo, casi un sollozo. Everett le puso un brazo alrededor de los hombros. La muchacha temblaba violentamente.

—Ev, Ev... —dijo.

Levantó la cabeza y sus labios buscaron los del hombre. Antiguos recuerdos brotaron en la memoria de Everett al contacto de la suave boca. Los alejó con un esfuerzo.

—Tienes que marcharte de aquí, Lee —dijo—. No puedes quedarte en esta casa.

—Me quedaré —respondió ella—. Ev, ¿no quieres quedarte conmigo? Te necesito a mi lado.

—No puedo. Tengo que hacer.

—No quiero quedarme sola.

Los faros del automóvil barrieron el techo de la habitación y se alejaron.

—Maldición, Lee, no puedo quedarme. Y no quiero hacerlo tampoco.

Ella se puso rígida.

—Te doy asco, ¿verdad?

—No es eso, Lee, pero no puedo quedarme. Y tampoco quiero que lo hagas tú.

—Yo sí me quedaré, Ev. Gracias por todo. Puedes irte, si quieres. Te... te llamaré al hotel, si quieres.

—Me he marchado de él, pero puedes llamarme a este número.

Le apuntó el de Mallory en un trozo de papel. Ella lo guardó.

—Y ahora, Lee, valor. Ya has visto lo bien que se presenta todo.

—No conoces a Marsh. Es... es cruel como un lobo.

—No, no lo conocía hasta esta noche, pero ya lo voy conociendo, Lee. Y, por Dios, cierra bien la puerta.

—Lo haré.

Salió. Subió a su coche y atravesó el jardín por el sendero enarenado. La puerta de entrada a la calle estaba abierta. Bajó por la calle, en descenso, para alcanzar la gran arteria cuyo nombre ignoraba, pero que sabía lo llevaría al centro.

Miró el retrovisor. Lo suponía. Lo sabía. Un par de faros lo seguían a su misma marcha. ¿Marsh? ¿O había dejado a alguien, quizá al calvo, en otro

coche para seguirlo?

Muy bien, lo iba a saber pronto.

Acercó el coche al cordón de la acera y lo detuvo. Los faros que lo seguían lo pasaron lentamente, acelerando justo cuando llegaban a su altura. Pero Everett se había detenido un poco antes de un reverbero, el cual iluminó al conductor del otro coche. Era el calvo.

Stecman continuó parado. Vio cómo el otro parecía indeciso entre continuar o no, y por último siguió. La calle estaba casi por completo vacía, y pudo ver que el calvo seguía hasta la próxima intersección y la doblaba lentamente. Seguro que lo esperaría allí.

—Muy bien.

Dio una vuelta en «u» en la calzada y apretó el acelerador en sentido contrario al que trajera. Miró por el retrovisor y vio que los faros no lo seguían aún. Se metió por una transversal, hizo varios giros y salió a la carretera general casi una milla más allá. Lo había despistado.

Anteriormente había estudiado bien el mapa de la ciudad y sus alrededores. Sabía que había un motel unas millas más allá, en la carretera de Tuskaloosa, y a él se dirigió. Tomó una habitación con el nombre de Smith.

Cenó una hamburguesa y buscó en la guía telefónica. Majenski. Había dos, uno de ellos E. Llamó y durante un momento nadie cogió el teléfono. Luego, una voz adormilada, que reconoció al instante.

—¿Ethel? Soy Stecman.

—Me parece muy bien, pero ¿para decirme eso me despiertas?

No parecía irritada. Solo expectante.

—No. Quería saber si podría verte mañana.

—¿Para qué? Ya se me han pasado los efectos de la fiesta. La fascinación y todo eso. Además, te marchaste muy rápidamente. Huiste.

—No obstante, ¿podría verte o no?

—Tal vez. —la voz parecía ahora cautelosa—. Pero tendría que haber una buena razón.

—Yo soy una buena razón, Ethel. Y ahora, en serio, necesito verte.

—Bueno. Voy a hacer prácticas a la agencia casi todos los días. Pregunta allí por mí. Tal vez esté.

—Lo haré.

Hubo un silencio. De pronto, la voz de la muchacha pareció alertarse. Dejó el tono adormilado.

—Ev. Tú te marchaste con ese gusano de Artie. Volvió hecho un bizcocho. Alguien le había chafado su bonita nariz. Fuiste... ¿Fuiste tú?

—Tuve ese honor. Y de haber tenido más tiempo le hubiera aplastado algunas otras cosas.

—Ahora me has convencido. Quiero que me lo expliques todo. Estaré en la agencia hasta las doce, por la mañana.

—De acuerdo. ¿No te he estropeado un admirador?

—No me has estropeado... nada. Y me alegro de que alguien lo haya hecho. Hasta mañana, paladín.

Colgó. Everett puso una silla contra la puerta y se acostó.

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente fue a recepción para pagar. Junto al mostrador había un policía.

—El agente quiere hablar con usted —dijo el recepcionista.

Everett se quedó mirando al hombre uniformado.

—¿Sí?

—¿Es de usted el «Impala»?

—No. Lo he alquilado.

—Se llama Stecman, ¿no?

—Sí.

—Tiene que venir conmigo.

—Bueno, pero me dice por qué, ¿verdad?

—Hizo usted algunos juegos anoche, ¿no?

—Ninguno.

—Me refiero a que se saltó algunas ordenanzas. Tiene que prestar declaración.

—No.

El policía se irguió. Era un hombre de unos cuarenta años y con barriga.

—¿Se pondrá gallito, amigo?

—No. Digo que si cometí alguna infracción nadie me persiguió ni me lo dijo.

—Se lo digo yo... ahora. Y no me gustan los tipos que me llaman embustero.

—¿Quién presentó la denuncia? No cometí ninguna infracción. Hubiera tenido que denunciarme en el momento. No, agente. No puede venir ahora diciendo que cometí infracciones sin prueba de ninguna clase. Ni denuncia. Y si ha habido alguna denuncia, enséñemela.

—Sabe mucho, ¿eh?

—Lo suficiente. Tenga mi documentación.

El policía le echó una ojeada.

—Abogado y periodista, ¿eh?

—Periodista y abogado, sí. Y ahora... ¿qué hay con ello?

—Bueno, hablaré con el jefe de tráfico.

—Hable con quien quiera, pero olvídense de eso de acompañarle. Podría presentar una reclamación por intento de detención abusiva.

El policía había hecho marcha atrás. Dio media vuelta y salió de la sala.

Everett pagó y salió. Tomó el coche y guio hasta Los Hights. Se detuvo ante la casa de Lee.

Tocó varias veces el timbre del interfono, pero nadie respondió. Frunció

el entrecejo e insistió de nuevo. Nada.

Volvió al coche y se detuvo ante la próxima cabina telefónica. Marcó el número de la muchacha, pero el aparato sonó durante casi tres minutos sin que nadie lo cogiera.

La puerta de la verja estaba cerrada. Lo comprobó apoyándose en ella. Sintiendo una extraña sensación en la boca del estómago condujo hasta la agencia de noticias. Mallory estaba ya allí.

—Hola. Tienes el télex a tu disposición —le dijo.

Y agregó en voz baja:

—¿Algo nuevo?

—Algunas cosas, pero quiero primero hablar con el Clarion. Y no voy a emplear el télex. Voy a llamar por teléfono.

Consiguió hablar con San Luis media hora después. En el intervalo había llamado nuevamente a casa de Lee. Nada.

Bill mismo, el director, cogió el teléfono.

—Bueno, perdulario. ¿Qué diablos haces? ¿Cómo te sientan las vacaciones?

—Escucha, Bill, quiero que me hagas un favor. Te voy a dictar una crónica y quiero que salga esta misma tarde. Y otra cosa: dobla el número de ejemplares que enviáis aquí.

—¿Para qué quieres que perdamos papel? No se venderían.

—Después de mi crónica, sí.

—Bueno. ¿La firmas tú?

—Que salga sin firma. Si hay responsabilidades, ya cargaré yo con ellas.

—¿Piensas que puede haberlas?

—Tal vez.

—No nos metas en un lío.

—¿Importaría mucho?

—El Clarion tiene las espaldas anchas, pero al editor no le gustaría un juicio, por ejemplo. Bien, espera que te conecto con el magnetofón. Comienzo a grabar.

Con una voz clara y lenta, Ev comenzó a dictar. No tuvo ni siquiera que mirar el papel en el que había apuntado algunos datos. Cuando terminó, Mallory, que había ido siguiendo sus palabras, silbó.

—Muchacho, creo que estás hurgando en un avispero con los dedos desnudos. Escucha, la agencia no puede hacerse responsable.

—Ya has visto que no os meto en ello.

—No me importaría personalmente, pero la agencia tiene sus normas.

—Lo comprendo.

La puerta se abrió y Ethel Majenski apareció en el umbral.

—Hola, todos.

Everett estaba marcando de nuevo el número de Lee. Nada. Marcó

entonces el del juez Borst, después de mirar en la guía. Los otros dos lo contemplaban hacer. Cuando tuvo al juez al otro lado le dijo:

—Lo siento, señor. Soy Stecman. No puedo dar con mistress Marsh. ¿Ha ido ya a verlo?

—No. Y debe hacerlo si quiere que me ocupe de su asunto. Ya se lo dije.

—Lo sé, lo sé, pero no puedo dar con ella. Trataré de hacerlo lo antes posible y se la enviaré.

—Sí, hágalo.

Colgó. Los otros dos estaban hablando, pero comprendió que no habían perdido una sola de sus palabras. Los miró.

—Bueno —dijo Ethel Majenski—. Estoy contemplando al hombre que le puso la nariz al revés al cerdo de Long. Y me gusta lo que veo. ¿Lo sabías, Mallory?

El periodista puso cara de sorpresa.

—Que me emplumen. ¿Eso hiciste, Ev?

—Más o menos.

Sus facciones se habían endurecido.

—Ethel, si te digo una cosa, ¿correrás a repetírsela a un tipo que quiere casarse contigo?

La muchacha estaba muy cerca. Alzó la mano y le dio una bofetada. No muy fuerte. Más pareció una advertencia que un castigo.

—No me gusta que me hablen así, eso es todo. Así que lleva cuidado con la lengua.

—¿Marsh no es tu prometido?

—Si quiere o no casarse conmigo eso es cosa mía, de nadie más. No del primer bastardo que llega.

Everett la contemplaba fijamente.

—Lee se iba a casar conmigo cuando me dejó por Marsh —dijo lentamente—. ¿Lo sabías?

—No —los ojos de la muchacha se habían abierta ligeramente.

—Pues eso hubo. Y después Marsh le jugó con cartas marcadas. ¿Tampoco estabas enterada de eso?

—No es cosa mía lo que haya ocurrido entre ellos.

Everett barrió el aire con los brazos.

—¿Ni siquiera que Marsh fraguara pruebas falsas para poder divorciarse de ella? ¿Ni siquiera eso?

Ethel Majenski se volvió hacia Mallory. Este asintió ligeramente con la cabeza.

—Hizo que Artie Long la pusiera en situación comprometida y alguien sacó fotografías. Pensaba utilizarías para poder separarse de Lee sin que le costase apenas nada y quedarse con el chico —siguió Everett—. Y ahora, ¿qué me dices?

—No sabía nada, Mallory. Sabes que no iba a mentirte en una cosa así.

—Lo sé, Ethel. Mira, Ev, creo que Ethel dice la verdad.

—Porque es amiga tuya. Pero también está bajo el punto de mira de Marsh.

—No vuelvas a decir eso —advirtió la joven con la cara tensa—. No estoy bajo el punto de mira de nadie, pero mi vida particular me pertenece.

—Lo sé, lo sé, y así no llegamos a ninguna parte. Voy a seguir el juego con mis cartas, eso sí puedes tenerlo por seguro. Y ahora, si no os importa me voy a dejar de amenidades. Tengo que buscar a Lee, porque no está en su casa ni en... ni donde le dije que tenía que ir. Y tengo también que buscar a un fotógrafo. Y no sé ni quién es ni dónde hallarlo.

Se dirigió a la puerta. Mallory hizo ademán de detenerlo, pero bajó el brazo, desalentado. Ev salió. Un rápido taconeo detrás de él le advirtió que Ethel lo había seguido. Se volvió.

Se quedaron mirándose fijamente.

—¿Querías algo, Ethel Majenski? —preguntó peligrosamente—. Te prevengo que no me voy a dejar abofetear de nuevo. Yo devuelvo los golpes una vez que he acumulado suficiente adrenalina en la sangre. Es una advertencia.

—No te dispares. Solo quería decirte que... Oh, diablos, invítame a un café. No desayuné, ni apenas he dormido.

Lo tomaron en una cafetería. Ella estaba silenciosa.

Por fin y como a regañadientes, dijo:

—No aprecio particularmente a Lee. Pero no me gustan las marranadas. Y si es cierto lo que has dicho... le han hecho una.

—¿Por qué no se lo explicas a Marsh?

Ella lo miró. Se mordió ligeramente los labios. Con sus oscuros cabellos, casi negros, y la tostada piel, parecía una india. Solo sus ojos azules proclamaban su origen nórdico.

—No tengo nada que explicarle a Marsh.

—Pero... ¡maldición!, alguien me dijo que te había marcado como cosa propia.

—Eso es algo que le atañe a él. No a mí. No estoy atada a nadie ni permito que me aten. No sé si lo comprendes o no, pero así es.

Everett pagó el café y las rosquillas. Se puso en pie.

—Voy a seguir buscando a Lee. Y a ese maldito fotógrafo.

—Oreas.

—¿Qué diablos dices?

—Busca a un tal Oreas. Lo he visto varias veces con Marsh y con Artie. Y siempre llevaba una cámara. Me ha fotografiado varias veces en mi dos piezas, e intentó vender las fotografías al representante de Playboy, pero le advertí a Marsh que me querellaría si lo hacía.

Everett le puso la mano sobre el brazo desnudo. Sintió a través de los dedos la tersura de la morena piel.

—Gracias, compañera.

—Míralo, ¿quieres?

Everett cogió la guía. Allí estaba. Un solo Oreas.

—Si se llega a llamar Smith... Voy a ir a buscarlo.

Hizo una pausa.

—No sé si querrás venir conmigo.

—No. Pero avísame de lo que haya.

Everett sintió una leve decepción. Aquel contacto había sido tan...

—Lo haré. Vive en Proctor. Es la calle que baja hasta el río, ¿no?

—Sí. Buena suerte.

Everett salió del café. Aún intentó llamar a Lee, pero el teléfono continuaba mudo.

Proctor se alarga serpenteante hasta el río. Hacia su final, el barrio blanco cambia de color. Fue casi en la divisoria donde encontró la casa. Antigua, vieja y leprosa, con el estuco cayendo a trozos. Un corredor y luego el patio de vecindad, con tres olmos en medio.

Una italiana con el pañuelo en la cabeza acunaba a un crío pequeño.

—¿Oreas? Por esa puerta, segundo piso.

Subió la escalera, en la que olía a guisos de ajo. Segundo piso, cinco puertas. Miró las tarjetas y lo descubrió enseguida. Joe Oreas, fotógrafo.

Llamó. Sin respuesta.

Volvió a llamar con el mismo resultado. Luego cogió el pomo y lo hizo girar. La puerta se abrió.

Asomó la cabeza.

—¿Oreas? —preguntó.

Fue el aire al desplazarse sobre su cabeza lo que le advirtió que había «algo» cerca. Quiso apartarse, pero ya era tarde. El cielo se desplomó sobre su cabeza.

Regresó sobre sí mismo con el cerebro convertido en una masa gelatinosa que lanzaba fuegos artificiales de colores. Y un dolor intolerable sobre la oreja izquierda.

Y ruidos y...

Estaba tendido en el suelo. Se puso a gatas y movió la cabeza negativamente, hasta que el ruido cesó. Pero no el dolor.

Apoyándose en la pared logró alcanzar la vertical. Se tocó la cabeza. Sobre la oreja, un bulto comenzaba a crecer. El cuarto estaba a medias oscuro. Pero allí, en el suelo, había algo.

Dio dos pasos, vacilante como un borracho. Sí, había algo y ese algo era un cuerpo tendido en el suelo. Un hombre.

Sacudió la cabeza de nuevo, hasta aclarar la visión. Un hombre en mangas de camisa, una horrible camisa color rosa, y con algo rojo en la

cabeza, en la nuca.

Alargó el pie y volvió la cabeza del hombre. Una campanilla de alarma sonaba ahora en su cerebro, y los fuegos artificiales cesaron. «Alarma, alarma.»

Porque el hombre estaba muerto. Le habían disparado por detrás, y el agujero de salida le había volado media cara. Un ojo de color castaño permanecía abierto. El otro era un agujero sangriento.

Everett aspiró el aire profundamente. Entre el golpe y la visión de «aquello» sintió unas náuseas atroces. Las retuvo con un esfuerzo.

Miró a su alrededor. Una sala mediocre, al parecer, un sitio donde pasar poco tiempo. Suciedad. Dos puertas.

La primera, una cocina. La segunda un dormitorio, con un aseo.

Huellas dactilares.

Sacó el pañuelo y limpió los pomos de las puertas. Volvió al muerto.

El arma no estaba, por supuesto. El asesino, el hombre que lo golpeó a él mismo —¿el mismo?—, se la había llevado.

Fue a la puerta y la abrió. El corredor estaba vacío. Se pasó el pañuelo por la cabeza y lo miró. Un poco de sangre, muy poca. Y...

¿Qué diablos era aquello? ¿Una sirena?

La campanilla de alarma volvió a sonar. Un muerto y sirenas. La policía, por supuesto, diablos. Bajó las escaleras corriendo y llegó al patio. La mujer había desaparecido, y dos chiquillos corrían alrededor de los árboles. El corredor y la calle, por fin.

Venían por Proctor abajo, la sirena aullando y la luz roja parpadeando.

Caminó calle abajo, hacia el río, procurando que su paso no vacilase. Vio con el rabillo del ojo detenerse a los coches ante la puerta que acababa de abandonar y dobló la primera esquina. Y entonces recordó.

Había dejado su coche dos travesías más arriba, no tenía más remedio que volver.

Lo hizo por la acera contraria a aquella en que vivía Oreas. Varios policías se habían apeado, y estaban apartando a la gente que había salido de las casas.

Se abrió paso y continuó acera arriba hasta llegar al lugar en que había dejado el «Impala». Un par de chiquillos lo habían tomado como puesto de observación, subidos en el capó. Pese al dolor de cabeza agradeció al maldito destino el que estuviera prohibido aparcar en Proctor. De lo contrario hubiese dejado el coche justo ante la puerta que ahora burbujeaba de uniformes azules.

Subió al coche tras ahuyentar a los chicos y lo puso en marcha.

CAPÍTULO VI

En la calle Arkansas, esquina a South Dakota, había una cabina telefónica. Se bajó del coche y llamó a casa de Lee. Una voz masculina, posiblemente la del calvo, le preguntó quién llamaba. Colgó y volvió al «Impala». Antes de ponerlo en marcha encendió la radio. Y no tuvo que esperar mucho. El locutor estaba retransmitiendo un mensaje de la policía.

Y el mensaje hablaba de él. Estaban describiendo su físico, sus ropas y el coche. Con muchos detalles. No habían perdido el tiempo, pero ¿cómo diablos lo habían conectado con el asesinato? La italiana, quizá, pensó vagamente.

Y ahora tenía que esconderse. Oh, la jugada había sido buena. Había caído en la trampa como un tonto, habían previsto que buscaría el fotógrafo, lo habían matado y a punto estuvo que la policía lo cogiese con las manos en la masa, junto al cadáver.

Y había sido Ethel Majenski la que le diera las leñas del fotógrafo. No debía olvidarlo. Tenía que recordarlo.

El coche. Tenía que desprenderse de él, y en él llevaba su maleta y todos sus efectos. ¿Por qué diablos había tenido que elegir un coche deportivo que se veía media milla de distancia? Es cierto que había otros muchos «Impala», pero no tantos como para que la policía patrullera no pudiera detenerlos y pedirle la documentación a sus conductores.

Había a la derecha una plazuela con una antigua iglesia de tipo español a un lado y un grupo de árboles en medio. Metió el coche rápidamente en la sombra de la torre, sacó la maleta y caminó por la plaza con el pesado objeto en la mano, hasta alcanzar la próxima cabina telefónica. Afortunadamente aquella zona estaba lejos de la comercial, y había poca gente en las calles

Llamó a la agencia de noticias y preguntó por Mallory. Este se puso al teléfono al cabo de un momento. Everett no dijo su nombre, pero el periodista reconoció su voz.

—Espere un momento —dijo—. Voy a hablar por otro teléfono. Y tras unos instantes, añadió—: Ahora puedes hablar. ¿Qué diablos...? No, no me digas nada. Solo dónde estás en este momento.

Everett se lo dijo.

—Espera en cualquier sitio de esa misma plaza, procurando hacerte lo menos visible que puedas. Te recogeremos.

—¿Tú?

—No, Jane, mi mujer. Irá en un «Dodge» crema y azul.

Colgó. Everett respiró profundamente. Mallory había estado a la altura de las circunstancias. Ni una sola pregunta. Escuetamente lo que iba a

hacer.

Había un pequeño bar en una de las esquinas de la plazuela. Se metió en él. Había solamente tres o cuatro bebedores y el tabernero, que resolvía un problema de palabras cruzadas.

Pidió una cerveza y la tomó lentamente. Ninguno de los otros pareció fijarse en él.

Habían pasado quince minutos cuando vio el coche crema y azul dando la vuelta lentamente a la plaza. Pagó la cerveza, salió y esperó hasta que estuvo seguro de que nadie lo miraba. Luego, se aproximó al «Dodge» y se puso al lado de la conductora.

—Vamos a ir a casa —dijo ella con la cara seria—. Mi marido me ha dicho que te lleve allí.

—Escucha, Jane, no sé lo que te habrá dicho tu marido, pero...

—Apenas nada. No quería hablar por teléfono. Solo que te recogiera. Eso basta para mí.

—Si temes que os pueda meter en un lío, más vale que me dejes aquí mismo.

—No temo a nada. ¿Has hecho algo malo, Ev?

—No. Me han tendido una trampa, eso es todo. Y me parece que ha sido tu amiga Ethel Majenski quien lo ha hecho.

La mujer pareció sorprendida. Guaiaba muy bien y a toda la velocidad permitida.

—¿Ethel? Qué diablos, Ev, Ethel no es de esas.

—Pues creo que lo ha hecho.

—Steve me ha dicho que vendrá a casa enseguida y que lo esperes allí. Se decidirá lo que hay que hacer.

Llegaron a la casa y la mujer abrió mientras Everett entraba la maleta.

—¿Quieres beber algo?

—No, gracias. Bueno, un whisky. Lo necesito....

Steve Mallory llegó un momento después. Estrechó la mano de Everett.

—Bueno, parece que estás en un lío, muchacho. La policía está repitiendo los boletines en tu busca.

Everett le explicó lo que había ocurrido. El otro movió la cabeza de un lado a otro.

—Lo creo —dijo—. Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—No quiero comprometeros, pero voy a buscar a Lee y a Marsh.

—¿No piensas entregarte?

—Ni por pienso. Ten en cuenta que esta tarde o mañana por la mañana se recibirán los ejemplares del Clarion con mi historia. No quiero que me tengan con las alas cortadas hasta entonces. Y pienso también echar una parrafada con Ethel. Ella fue la que me dio las señas del fotógrafo. Todo muy sospechoso. Yo voy a buscar a Oreas, ella avisa a Marsh y me preparan la trampa entre todos.

Mallory negó con la cabeza.

—Conocemos bien a Ethel, Ev. No es capaz de una cosa así.

—Marsh anda detrás de ella, y Marsh apalea millones. Las mujeres hacen muchas cosas por el dinero, Steve. Igual que los hombres, por cierto.

—No Ethel —dijo Jane—. No ella. Le sobra el dinero. Y no quiere a Marsh.

Everett se encogió de hombros.

—No veo otra explicación para esta trampa. Bien, sea como fuere, no quiero comprometeros a Jane y a ti. Me voy a ir. Si podéis esconder la maleta por si la policía viene...

—Podemos hacerlo, y esconderte a ti también.

—No. Solo que no puedo utilizar el coche. Ni alquilar otro.

—Yo tengo un coche que apenas uso, Everett —dijo Jane—. Puedes cogerlo. Es poco conocido.

—Gracias. No lo voy a olvidar. Y, Mallory, ¿puedes llamar al director del Clarion? Dile algo de lo que ha pasado, y que se prepare para respaldarme.

—¿Lo hará?

—Lo hará. No es la primera vez que nos metemos juntos en líos. Y siempre hemos salido.

—Lo haré, Ev, pero sigo creyendo que tal vez fuese mejor... Oh, diablos, al fin y al cabo somos periodistas y no vamos a dejar de seguir una pista y una buena noticia.

Sus ojos brillaban.

—¿Dijiste en Proctor? Eso pertenece al Precinto 15. Conozco al teniente. Es un tipo a la antigua, de los que hacen hablar primero los puños. Te daría un repaso con tal de apuntarse un tanto. Y sus hombres no son mejores. Pero el jefe de policía no es de esos. Siempre podríamos acudir a él.

—Por ahora —respondió Everett—, lo que me preocupa es lo que haya podido ser de Lee. Aunque no creo que Marsh se haya atrevido a... —calló. Jane se estremeció—. Steve, ¿puedes prestarme un traje tuyo? Somos de estatura parecida.

—Por cierto. Ven.

Cinco minutos después llevaba un traje de hilo fino, blanco y una camisa azul marino de seda.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó Steve.

—Será mejor que no lo sepáis, por si ese teniente nos relaciona de alguna manera —respondió un poco secamente.

Con la mano en el pomo de la puerta, añadió:

—Y gracias por todo.

—¿Vendrás esta noche?

—Espero que sí... si puedo hacerlo sin comprometeros.

La casa de Majenski estaba situada al final de Gobernador Rattigan. Un palacete de estilo francés del siglo XVIII con cuatro torres cubiertas de pizarra. Cuando descendió del coche a la calle, en pleno mediodía y con un sol implacable, estaba casi vacía, dormida entre sus viejos álamos.

Un criado negro le abrió. No se separó de la puerta.

—¿La señorita Ethel? No sé si está. ¿Su nombre, señor?

—Dígale que soy un amigo... un compañero de profesión.

—Pase, por favor.

Un amplio *hall*, con piso de mármol ajedrezado, se abrió ante él. El negro desapareció y volvió un momento después.

—Pase, por favor.

Subieron la escalera. El negro llamó en una de las puertas.

Un despacho de altos artesonados, cubierto de libros.

Sentada tras de una mesa, Ethel. Estaba escribiendo. Levantó la mirada.

—Me imaginé que serías tú. Bueno, no te quedes ahí.

Everett la miraba fijamente. Estaba muy hermosa, con una camisa de seda crema y unos shorts blancos, que descubrían los muslos, redondeados, perfectos.

—¿Por qué mataste a ese pobre bastardo? —preguntó—. ¿Se negó a decirte lo que querías saber?

—No lo maté, pero tú me echaste encima a la policía. Cuando yo llegué me golpearon —le mostró el chichón en la cabeza—. Y la policía llegaba cuando pude escapar. ¿A quién avisaste cuando te dejé? ¿A Marsh?

Ella dio dos pasos hacia el periodista.

—¿Que yo avisé a Marsh? Te dije que...

—Si se te ocurre abofetearme te voy a devolver el golpe —dijo Everett—. Con dos veces tengo bastante en la misma mañana. Alguien mató a Oreas y lo denunció mientras yo estaba inconsciente. ¿Quién? ¿Quién?

—¡No lo sé! Pero no es muy difícil adivinarlo. ¿Es que crees que Marsh es un idiota? Podrá ser un cerdo, pero no un imbécil. Y Oreas era su prueba.

Lo cogió por las solapas de la chaqueta.

—¿Es que no lo entiendes? El golpe te ha dejado tonto. ¡Oreas era su prueba, y había que suprimirla!

Hasta él ascendió el perfume de la joven, un suave aroma de violetas. Everett la cogió por los brazos.

—En este momento me está buscando la policía de toda la ciudad, pero antes de que me cojan alguien va a saber lo que vendo. ¿No avisaste a Marsh?

—¡No, imbécil! Pero si no me crees puedes largarte ahora mismo.

Lo sacudió. Seguía aferrándolo por las solapas.

—¿Me crees o no?

—No lo sé.

Súbitamente fue como si todos los acontecimientos lo hubieran galvanizado. Se inclinó y la besó brutalmente en los labios. Fue un beso con deseos de hacer daño.

Ella se soltó.

—Estás loco. Si alguien te sorprendiera haciendo esto irías derecho a los brazos de los policías.

Pero no parecía enfadada. Quizá ligeramente divertida.

—¿Qué piensas hacer?

—Voy a hacer hablar a Marsh, si es que puedo llegar a él. Por otra parte, no logro contactar con Lee. Ignoro qué ha podido ocurrirle, y tengo que saberlo.

—¿Hacer hablar a Marsh? ¿Cómo?

—No lo sé, pero algo se me va a ocurrir.

—No los cogerás desprevenidos esta vez, como cogiste a Artie. Ya has visto que si es cierto eso de Oreas, saben pegar y pegar duro. Te han puesto encima a toda la policía. Creo que has pecado de ingenuo.

—Tal vez. Pero no me cogerán otra vez en la misma. Marsh debe estar en su casa o en el rancho. En alguno de los dos sitios lo cogeré. Y esta noche, cuando lleguen los ejemplares del Clarion se va a desatar el infierno.

—No llegarán hasta mañana. Lo sé, porque los leo siempre. No es la primera vez que he oído hablar de ti y que he leído tus cosas.

Por primera vez él sonrió ligeramente. Ella lo observaba meditabunda.

—Ev, ¿estás en el lado justo?

—Creo que sí —respondió él sorprendido—. A Lee le fraguaron las pruebas. Evidencia: alguien ha silenciado al fotógrafo que lo hizo.

—Sí, parece que sí. Espera un poco.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo sabrás enseguida. Voy a pedir un poco de ayuda.

—¿A quién diablos? —preguntó él, alertado.

—Oh, no voy a avisar a Marsh ni a la policía de que estás aquí, pero si dudas...

Everett vaciló ligeramente.

—No.

—Espera un poco.

Volvió al cabo de diez minutos. Un viejo de unos setenta años, alto, delgado y de cabeza leonina, venía con ella.

—Mi abuelo, Ev. Le he explicado algo de lo que ocurre. Muy poco.

El viejo tenía unos ojos increíblemente azules y penetrantes.

—Así que este es el cachorro que quiere poner a Marsh en su sitio, ¿eh?

Lo que no me explico es cómo alguien no lo ha hecho antes. Es un sucio prevaricador. Como yo, pero más sucio.

La mano que estrechó la de Everett era fuerte y su apretón, enérgico.

—Explíqueme ese asunto. Ethel no me ha dicho sino que usted se ha enfrentado a Marsh y que este le ha echado la policía encima.

Everett se lo explicó un poco telegráficamente. Pero el viejo pareció entenderlo sin necesidad de más explicaciones.

—Usted ha entrado en el campo de juego —dijo cuando Ev terminó—. ¿Está en el buen equipo? Quiero decir, ¿cree usted todo lo que le ha contado esa muchacha, su exnovia?

—Lo creo, y más después de haber visto lo que he visto. Y tengo la confesión firmada por Artie Long. ¿Le basta?

—Creo que sí. Bien, Ethel, ¿qué quieres?

—Que le echés una mano, abuelo. Tú puedes hacerlo, viejo polaco, y espero que lo hagas.

El anciano reflexionó durante unos momentos. Luego alargó la mano de nuevo a Stecman.

—Bueno. La policía lo persigue. Aquí no lo encontrarán. Eso, primero. Después...

Cogió el teléfono.

—Bertie, ven inmediatamente.

La puerta se abrió pasados dos minutos. Un hombre de baja estatura, muy ancho, apareció. Se quedó en el umbral mirando al anciano.

—Bertie, quiero saber inmediatamente, lo antes posible, dónde se encuentran estas personas.

Estaba escribiendo en una hoja de papel. Ethel lanzó una mirada a Ev bajo sus largas pestañas. Su boca, grande y generosa, se curvaba en una sonrisa. Ev se encogió de hombros.

—Sí, señor —dijo Bertie.

—Vea, muchacho, ¿son estas todas las personas implicadas?

Ev lanzó una ojeada al papel. Lee Johansen, Jack Marsh, Artie Long.

—Creo que sí. Excepto el calvo. Ignoro su nombre.

—Descríbalo a Bertie.

Ev lo hizo. El otro asintió.

—Entiendo.

—Quiero saberlo dentro de una hora, Bertie. Y una vez que hayan sido localizadas, haz que las sigan. No los pierdas de vista ni un solo momento, ¿entendido?

—Sí, señor.;

Bertie fue a la puerta y salió. Ev se volvió al anciano.

—¿Tan fácil, míster Majenski?

Este se encogió de hombros.

—No sé si será o no fácil. Solo sé que dentro de una hora, Bertie los

tendrá bajo control. Lo demás no me importa.

—¿Cómo? Soy periodista y me gustaría saber cómo se las van a arreglar.

Ethel se echó a reír. Le puso una mano en el brazo.

—Deja al abuelo. Sabe lo que hace. Taxistas, limpiabotas, obreros del muelle... todos ellos buscarán y serán como los ojos de Bertie. Repartidores... yo no sé cuánta gente.

—Todos —dijo el abuelo de Ethel— enviarán sus informes y esos informes serán centralizados por Bertie. Y ahora voy a ir a hablar con el teniente de ese Precinto. Quiero preguntarle algunas cosas.

—Una pregunta, señor —dijo Ev—. ¿Por qué hace usted esto?

El otro lo miró frunciendo las espesas cejas. Sus ojos azules parecían vacíos.

—Mi nieta me lo ha pedido. No me pide muchas cosas. ¿Por qué no iba a hacer esto?

—Y tú, Ethel, ¿por qué diablos lo haces?

—Porque...

Rio musicalmente.

—Porque no me gusta Marsh, pese a lo que hayas podido pensar tú. Y porque hace mucho tiempo que deseaba gastarle una bromita de este género.

—Pero tú te comes sus barbacoas.

—¿Por qué no? Me divierte estudiar a la gente. Pero...

Se puso seria.

—Sigue —ordenó su abuelo.

—Nada más. No creo que tenga que repartir folletos sobre mis intenciones cuando hago o no hago una cosa.

—Míster Stecman —dijo Majenski—. No se puede llegar a tener mi... influencia sin haber cometido muchas cosas no todas ellas buenas. Pero Marsh es un indeseable. Tarde o temprano hubiéramos chocado y este es un pretexto tan bueno como otro. Yo diría que mejor. Pero si mis métodos no le gustan...

—No he dicho eso, señor. No lo he dicho. Por el contrario, se lo agradezco, pero también le quiero decir una cosa: deseo ser yo quien se enfrente a Marsh. Es un asunto... personal.

—¿Lee? —preguntó Ethel.

—Uno de ellos —asintió Stecman—. Lee me dejó porque quiso, pero influyó mucho en ello el dinero de Marsh. No digo que hizo bien pero... puedo comprenderlo. Pero lo que ha hecho Marsh ha sido una canallada de tamaño natural. Y quiero castigarlo personalmente.

—Hágalo —dijo Majenski—. No voy a impedirselo.

Se puso en pie.

—Quiero dormir un poco, pequeña —dijo—. Espérenme ambos por

aquí.

Y salió. Stecman se volvió a la muchacha.

—Un día —dijo—. Te preguntare verdaderamente por qué lo haces.

—Oh, Jesús, eres insistente. De acuerdo, hazlo un día de estos y tal vez entonces te responda.

Cruzó los brazos sobre el pecho. Stecman se acercó a ella.

—Gracias, Ethel —dijo.

—No hay de qué darlas. Entre compañeros... o futuros compañeros...

Sonreía.

—Y si piensas besarme, no lo hagas. Bertie va a entrar dentro de unos instantes, ya lo verás.

—¡Maldición...!

Bertie entró sin llamar.

—Marsh está en su rancho. El bello Artie Long está con él.

—¿Y la mujer?

—No lo sabemos aún. La están buscando.

—Bertie —dijo Stecman—. ¿Puede decirme si el hijo de Marsh, que ha sido colocado en un colegio, sigue en él o no?

—¿Qué colegio?

—Es algo así como Redentoras, o algo por el estilo.

—Lo voy a averiguar. Me llevará un poco de tiempo. Lo mucho, media hora.

Salió.

—Tengo —dijo Stecman reconcentradamente—, media hora para besarte.

Ella no dijo nada. Ev la cogió entre sus brazos. De nuevo aquel aroma a violetas...

Cuando la soltó, ella jadeaba ligeramente.

—Si mi abuelo se entera te hará picadillo.

—¿Celoso?

—De sus pertenencias, sí. Y yo soy una de ellas.

—Ethel...

—¿Bueno?

—No te he besado por agradecimiento.

—Si lo creyera te sacaría un ojo.

—Lo he hecho porque... porque... ¡maldición!, porque deseaba hacerlo como no he deseado otra cosa desde hace mucho tiempo. ¡No te rías, maldito demonio!

—No me estoy riendo —afirmó ella—. Pero si quieres aprovechar la media hora que tardará Bertie... Ven, siéntate a mi lado y dime qué debo hacer para ser una periodista tan buena como tú.

—Estar junto a mí. Lo contagio.

—Pues... Bueno, no estoy muy lejos, ¿verdad?

No lo estaba. Stecman lo comprobó al instante.

CAPÍTULO VII

—El niño continúa en el colegio del tribunal —dijo Bertie. Estaban los cuatro en el despacho—. Pero no podemos dar con la mujer. Hemos hecho todo lo posible, señor.

Majenski asintió.

—Lo sé, Bertie. ¿Los siguen?

—Están bajo control, señor. Este... me he permitido avisar a la agencia de detectives, diciéndoles que si se les escapa algún dato pueden darse por perdidos de su servicio, señor.

—Bien. Puedes volver a tu trabajo, Bertie.

—Esa es la situación, muchacho. ¿Qué piensa hacer?

—Ir al rancho, y enfrentarme a Marsh. No veo otra cosa.

—No lo haga. Sería una trampa. Allí tiene sus hombres y difícilmente podría salir de allí... entero. Llámelo por teléfono y procúrese una entrevista con él. No vaya a su cubil. Hasta a mí me sería difícil sacarlo de allí. Pero en la calle es otra cosa.

—Tal vez tenga razón, señor.

—Vamos a comer, primero. Hablaremos durante la comida. Tengo hambre.

La mesa estaba servida. Pollo frío, encurtidos y vino helado. Majenski miró a los dos jóvenes, y Everett se preguntó si sabía lo que había ocurrido entre ellos. Aquellos ojos azules parecían sumamente penetrantes.

—Me preocupa Lee —dijo Everett—. ¿Qué diablos pueden haber hecho con ella?

—Tal vez ha huido —respondió Ethel bebiendo un trago de vino.

—No lo creo. Eso ha sido cosa del cerdo de Marsh. ¿No ha podido tal vez sacarla de la casa sin que sus hombres lo sepan?

—Podría haber sucedido, pero no lo creo. La gente que trabaja para mí sabe que soporto un fallo, pero dos no. Y no hay ninguno que quiera fallar. Yo que usted llamaría a Marsh.

Ethel le dio el número y Everett marcó. Un instante después la voz de Marsh llegó a sus oídos.

—Soy Stecman. Quiero hablar con usted.

—Pues hable, pero me parece que alguien también tiene ganas de hablar con usted. He oído los boletines radiofónicos.

—No se preocupe de eso. ¿Dónde podemos vernos?

—Venga a verme a mi casa. No deseo salir de ella.

—Marsh, ¿qué ha hecho usted con Lee?

—¿Yo? Nada. Nada he hecho. Usted sabrá dónde está. Se quedó con usted. ¿No recuerda? ¿Desde dónde llama?

Everett no respondió. Estaba pensando furiosamente.

—Quiero los negativos que me prometió.

—Las circunstancias han variado ligeramente, ¿no? —fue la suave respuesta—. No obstante, si me dice usted dónde está trataré de hacerle llegar los negativos. ¿Dónde?

—Espere que lo piense.

Tapó el auricular. Ethel había estado escuchando desde el otro teléfono. También ella tapó el suyo.

—Cítalo en el zoológico —dijo en voz baja—. Junto a la sección de los osos blancos.

Everett destapó el auricular y repitió las instrucciones. Marsh lo pensó un momento.

—¿Hay alguien con usted? —preguntó.

—Nadie. Y quiero que sea usted el que vaya, Marsh.

—Ignoro si podré, tengo negocios a los que atender. Pero habrá alguien esperándolo de mi parte.

—No me falle, Marsh, o se armará el infierno. Dentro de una hora en el zoológico.

Había estado mirando a la boca de la muchacha que articulaba silenciosamente la hora.

Colgó. Majenski movió la cabeza.

—No resultará del todo bien. Encontrará usted a la policía esperándolo allí. Eso es lo que encontrará. Bien. Alguien estará allí también.

—¿Usted, señor?

—Oh, no, ni es necesario. Pero alguien habrá.

—Y yo también estaré por allí —dijo Ethel—. Aunque... tal vez fuera mejor que no. Yo podría ir al rancho. Entro y salgo, cuando quiero.

Everett le lanzó una ojeada oblicua. Ella sonreía, con la boca generosamente abierta.

—¿No te fías, acaso? —preguntó.

—Claro que sí.

Majenski se había puesto en pie.

—Os dejo. Bertie me tendrá al corriente. Y no se preocupe, Stecman. Alguien habrá allí, muy cerca de usted, aunque usted no lo sepa.

Le estrechó la mano. Los jóvenes quedaron nuevamente solos.

—¿Por qué quieres ir al rancho? —preguntó Everett.

—Porque de algo me enteraré. Oh, no lo dudes. Pero si piensas que voy a ir a traspasarle a Marsh lo que estamos haciendo...

Él la cogió por los brazos. Apretó hasta hacerle daño.

—Confío en ti, nena, pero... me gustaría que te quedaras conmigo.

—Es mejor de la otra forma, te lo aseguro.

Guiñó un ojo rápidamente.

—Vamos, vamos. Sé lo que quiero. Y no es a Marsh a quien quiero.

Miró su reloj.

—Es tarde, si quieres estar en el zoológico a esa hora. Espera.

Tomó el teléfono y llamó a Bertie. Este llegó al momento.

—No hay noticias...

—Bertie, míster Stecman tiene que ir al zoo. Quiero que lo lleve alguien. Alguien de completa confianza.

Bertie cogió el teléfono y marcó. No preguntó nada más. Habló con alguien y luego colgó.

—Un taxi esperará en la puerta dentro de diez minutos. Confíe en el conductor, míster Stecman.

—¿Te ha hablado mi abuelo?

—Sí, señorita. Y allí habrá alguien. Además del chófer del taxi.

Sonrió, enseñando una dentadura a todas luces postiza.

—Todo perfecto —añadió.

Everett tomó a la muchacha por el talle y la atrajo hacia sí tan pronto como Bertie desapareció. Ella se le apretó y Ev sintió que la sangre volvía a correr velozmente por sus venas.

—No queda tiempo —dijo ella en voz baja—. Ve al zoo. Y... suerte.

* * *

Los enormes animales se movían lentamente en el pesado calor. Un olor acre ascendía de sus corpachones amarillentos. Everett miró a su alrededor. Un público nutridamente infantil, puestos de salchichas y de maíz y cuerpos sudorosos.

¿Quién sería, o quiénes serían los hombres que Majenski le había dicho que estarían allí? ¿Quién de aquellos hombres? No los que estaban acompañados de niños, por supuesto, pero, entonces, ¿quién?

¿Quizá aquel tipo bajo y grueso que comía palomitas de maíz con aire reconcentrado? ¿O aquel otro que leía un periódico?

Y entonces los vio. Dos policías de uniforme, dirigidos por otro de paisano. Y se dirigían hacia él directamente.

Miró a su alrededor, con un gesto instintivo. Pero en la entrada del recinto había otros dos o tres policías. Los tres estaban llegando ya.

—Usted —dijo el paisano.

Y en ese momento lo vio también. Uno de los guardianes del zoo, los que impedían que los niños alimentasen a las bestias encerradas, un hombre que llevaba la escoba de limpiar como si fuese un fusil, se acercó a los policías y dijo unas palabras al oído del que iba de paisano. Este puso un gesto raro.

—¿Seguro? —dijo.

—Seguro, agente. Puede llamar desde la cabina. Se lo dirán.

—No se vaya —dijo el policía a Everett.

Volvió al cabo de un momento.

—Una equivocación —dijo secamente—. Puede irse.

Everett no se fue. Esperó aun durante media hora, pero nadie se acercó a él. Por fin, volvió a la salida. El chófer lo esperaba junto a su taxi.

—Llame por teléfono —dijo enseñándole el aparato dentro del vehículo—. Tiene comunicación directa, señor.

La voz de Majenski.

—¿Nada?

—Unos policías, pero alguien los alejó.

—Ya le dije que habría alguien. Vuelva, pues, Stecman.

—Voy a ir al rancho, señor. No se va a reír de mí ese tipo.

—No haga locuras, Stecman. No allí.

—Lo siento, señor, lo agradezco, pero voy a ir.

—Usted es mayor de edad. Pero tal vez yo no pueda ayudarlo allí.

—Ha hecho más de lo que yo esperaba, señor. Gracias.

—Vaya en el taxi. No se le ocurra ir por otros medios.

—¿Puedo llamar a la agencia de prensa?

—Hágalo.

Los periódicos no habían llegado aún desde San Luis. Mallory se lo dijo en pocas palabras. Los esperaban de un momento a otro, no obstante.

Luego, colgó y le dijo al taxista dónde tenía que ir. El taxista lo miró ligeramente incierto y luego cogió el teléfono. Habló varias palabras en clave y luego asintió.

—Vamos, señor —dijo.

Y cuando echó a andar, añadió:

—Me han dicho que usted quizá necesite ayuda. Y que tal vez tenga que dársela yo.

Everett lo miró. El hombre parecía fuerte, pero...

—¿Usted mismo, personalmente?

—Oh, tal vez no, pero me han dicho que yo esté a mano por si la necesita.

Cuando llegaban al camino que conducía al rancho, el hombre paró el automóvil y cogió el radioteléfono. Habló en voz baja y Everett solo pudo cazar algunas palabras.

Colgó.

—Bien, me han dicho que lo deje aquí, señor.

Everett se apeó.

—Otra cosa, ¿va armado?

—Sí.

—Gracias.

Everett pasó la puerta. Un instante después vio al calvo. Venía andando hacia él.

Everett se quedó inmóvil. El otro llegó hasta él, y dio una vuelta a su

alrededor.

—Vaya, vaya. Ya está aquí el embustero. ¿Qué quiere ahora?

—Ver a su amo. Y no voy a decirle a usted una sola palabra más. Lléveme donde esté Marsh.

—Así, sin más. Usted da órdenes y yo obedezco. No se preocupe. Lo voy a llevar con el señor Marsh, pero antes tengo que arreglar una cuenta con usted.

—Si se le ocurre tratar de ponerme una mano encima, lo va a sentir.

—Oh, ¿de veras?

Alzó el brazo derecho, y lo lanzó contra la cara de Stecman. Este se apartó rápidamente y sacó la pistola.

—Repite el gesto, muchacho, y te clavo una bala en la rodilla. Tú verás.

El hombre gruñó algo, dio media vuelta y echó a andar. Everett lo siguió.

Marsh estaba en la puerta de la casa, y a su lado estaba Artie Long. Los dos lo miraron acercarse.

—Puede usted guardar la pistola, Stecman —dijo Marsh fríamente—. No creo que aquí le vaya a hacer falta.

Everett no le hizo caso. Seguía sosteniendo la pistola con la mano derecha. Miraba a su alrededor.

—¿Dónde está Lee? —preguntó.

—Usted lo sabrá. Usted debe saberlo. Yo, no. ¿Por qué ha venido a buscarla aquí?

—Marsh, he venido a buscar a Lee, y no me voy a marchar sin ella.

—Stecman, usted me está cansando ya. Váyase. No sé dónde está mi mujer.

—Voy a entrar en la casa y la voy a buscar, Marsh.

—Artie, telefona a la policía. Diles que está aquí el hombre que andan buscando por asesinato.

Stecman sonrió.

—Long, llame a la policía. Yo mismo lo voy a acompañar al teléfono.

—Usted no entrará, Stecman. Impídeselo, Bill.

Long había caminado hacia el interior de la casa. Stecman dio un paso hacia adelante para seguirlo y en ese momento el cielo se desplomó sobre él. Un millar de estrellas se encendieron en su cabeza.

Recobró el conocimiento. Estaba tumbado en el suelo y había dos piernas muy largas casi ante sus ojos.

Las piernas vacilaban. O, ¿era su mente la que vacilaba? ¿Sus ojos?

Sí, eso era. Se había descuidado.

Intentó ponerse en pie. Una de las piernas se alargó y le golpeó en la barbilla. Alzó los ojos. Artie Long le sonreía cruelmente.

—Anda, muévete —dijo. Y le volvió a golpear. Un intolerable dolor le subió desde la mejilla al ojo y luego le descendió por el cuello.

—Dale de nuevo —dijo la voz de Marsh.

Lo miró. Marsh tenía su pistola en la mano. Le apuntaba con ella. Artie Long echó la pierna hacia atrás.

—No muy fuerte. No quiero que tenga señales... no demasiadas —dijo Marsh.

Sus ojos brillaron tras de los lentes montados al aire.

Ev comprendió que había cometido una tontería. Debería haber hecho caso a Majenski, pero ya era tarde para lamentaciones. Tenía que salir de aquello por sus propios medios, cuando tan fácil le hubiera resultado contar con apoyo.

Había sido un idiota.

Logró apartar la cabeza y el pie solo le rozó el cuero cabelludo. Levantó ambas piernas y logró que uno de sus pies entrase en contacto con la ingle de Artie. Este lanzó un graznido de dolor y se llevó ambas manos al bajo vientre.

—Eres un imbécil —dijo Marsh—. Apártate.

—¡Lo voy... a... matar! —dijo Artie.

—Apártate, he dicho. Usted, Stecman, póngase en pie.

Ev lo hizo, trabajosamente. Miró desenfocadamente a ambos hombres y al calvo, que era quien le había golpeado en la cabeza.

—Marsh, esto le va a costar caro.

—¿Ah, sí? Ve a, amigo: usted, un hombre buscado por la policía por asesinato, penetra en mi casa para atacarme. Yo me he defendido ayudado por estos amigos. Hubo que... golpearlo un poco para reducirlo. Y ahora lo voy a entregar a la policía.

Stecman lo miró. Ya podía ver un poco mejor, pero tenía un ojo hinchado. Notaba dolorosas pulsaciones en él, al paso de la sangre. Y la cabeza le dolía horrorosamente.

El teléfono sonó. Marsh se dirigió hacia el aparato situado en una mesita, junto a la pared.

—¿Sí? —preguntó. Escuchó durante un instante y luego añadió—: ¿Quién llama? ¿Cómo dice? —lanzó una mirada hacia Stecman. Una mirada calculadora.

—Si no me dice quién habla... —miró el aparato. Luego lo colgó.

Volvió a Stecman. Este sonrió forzosamente.

—Alguien preguntaba por mí, ¿no es eso, Marsh?

—¿Quién vino con usted? Si no me lo dice ese hombre le va a hacer hablar, y le aseguro que tiene medios para ello.

—Y yo le aseguro que si no me suelta, alguien volverá a llamar preguntando por mí, y... luego ya no le diré lo que ocurrirá. Pero usted lo sabrá.

Marsh estaba pensando. Masticaba lentamente, aunque su cara aparecía impassible.

—Digamos que podemos llegar a un acuerdo. ¿Qué es lo que quiere usted, exactamente?

—No pierda tiempo, Marsh. Yo quiero: Primero, saber dónde está su esposa. Segundo, que retire contra ella la demanda de divorcio basada en pruebas fraguadas por usted. Tercero, que le devuelva a su hijo. Esas tres cosas son las que quiero. Y ahora, usted.

—Yo no he fraguado prueba alguna, y usted no puede demostrar que lo haya hecho. No sé dónde está Lee. En cuanto al niño, sería cosa de tratarlo entre ella y yo.

—Muy bien. Me voy. Volverá a oír hablar de mí.

—Usted no va a salir de aquí de esa manera. Voy a llamar a la policía.

—Hágalo, pero como me vuelvan a poner una cochina mano encima, ese teléfono volverá a sonar. Y le aseguro que el que hay al otro lado sabe lo que tiene que hacer. Y no le voy a decir quién es, pero sí que es alguien que le puede causar muchos dolores de cabeza. En cuanto a ti, Artie, ya puedes salir de la ciudad, si quieres estar vivo dentro de unas horas. Y hay otra cosa: el individuo que asesinó a Oreas no fue muy listo. Se dejó una pista. Yo sé cuál es esa pista y la policía la sabrá también. Y ahora, Marsh, ¿llama a la policía, o me deja salir de aquí sin más?

—Voy —dijo Marsh— a hacer otra cosa. Usted mismo se ha condenado. Stecman. No voy a dejarlo salir: lo voy a liquidar.

Hizo un ademán y el calvo sacó una pistola.

—Stecman, está usted listo. No va a salir vivo de aquí.

CAPÍTULO VIII

—Llévalo dentro —ordenó Marsh.

El calvo y Artie lo empujaron hacia una de las habitaciones interiores. Cuando abrieron la puerta, Ev se encontró en un cuarto casi a oscuras.

—¡Ev! —dijo una voz.

Lee estaba sentada en una cama turca. Se puso en pie. Despeinada y con el vestido en desorden. Marsh, que había entrado después de ellos, dijo:

—¿Qué creía, Stecman, que había muerto?

—Suponía que no se atrevería a tanto, Marsh. Ella no es Oreas.

—No sé ni de lo que me está hablando.

Cerró la puerta tras de sí. Los dos jóvenes quedaron solos. Lee corrió a refugiarse entre los brazos de Ev. Estaba sollozando.

—Cálmate —dijo el hombre—. ¿Te han maltratado?

—Marsh. Me pegó.

—¿Qué es lo que quería?

—Que aceptase el divorcio. Me ha amenazado de todas formas posibles.

Pero ¿qué haces tú aquí? ¿Por qué te han traído?

—Fui lo suficientemente estúpido como para meterme en la boca del lobo.

—¿Qué piensas que querrá hacer? Está loco si piensa tenernos aquí encerrados.

—No está tan loco. Y desde luego, quiere sacarnos de en medio.

—¿Matarnos...?

—No creo que llegue a tanto. Pero sí a apartarnos de la circulación, basta que... no sé bien hasta qué.

—Escucha, ¿no podríamos hacer algo?

—¿Tienes confianza en... —bajó la voz casi involuntariamente—, en Ethel?

—¿Ethel? ¿Qué Ethel?

—Majenski.

—Pero ¡si la chica con la que quiere casarse John es esa! ¡Confianza! No la conozco apenas.

—No quiere casarse con Marsh. Por el contrario, nos ayuda contra tu marido.

—No lo creo.

—Puedes creerlo. Y han matado al fotógrafo que te sorprendió con Artie. No quieren dejar pruebas detrás. Eso los obliga a moverse aprisa, aunque la policía me busca a mí, porque cree que lo hice yo.

—¿Lo hiciste tú?

—No, cuando llegué estaba muerto. Y ahora...

La puerta se abrió. Artie y el calvo aparecieron en el umbral.

—Levantaos —dijo Artie.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Ev—. ¿Y dónde está Marsh?

—Poneos en pie. Vamos a dar un paseo.

Se acercó a Stecman casi hasta tocarlo. El calvo, con la pistola en la mano, vigilaba desde la puerta.

—Tú me hiciste esto —dijo señalándose la nariz—. Vas a llorar como un niño antes de que...

—Silencio —dijo el calvo—. No va a pasar nada, Artie. Cierra el pico.

—Bueno, pero vas a llevar lo tuyo.

—Un abogado tiene tu confesión, Long —dijo Everett con voz tranquila, aunque estaba hirviendo por dentro—. Recuérdalo. Tiene tu confesión. Y está la prueba que dejasteis en casa de Oreas. Recuérdalo también antes de ponerme la mano encima.

—Te voy a...

Alzó la mano. El calvo dijo tranquilamente:

—Art, déjalo. El patrón dijo que no lo toques. Vamos, vosotros, en marcha.

Salieron. Directamente a la cocina. La puerta de atrás estaba abierta. Un camino de arena llevaba hasta una talanquera posterior cerca de la piscina, pero al otro lado de la casa. Un «Chevrolet» verde oscuro y negro esperaba.

—Adentro —ordenó Artie. Los dos pasaron al interior. Artie se puso al volante y el calvo a su lado, pero vuelto hacia atrás para seguir apuntándoles con la pistola.

Artie puso en marcha el coche y lo condujo por el camino hasta que alcanzó la carretera. Allí apretó la marcha.

—¿Qué van a hacer con nosotros? —preguntó Ev secamente.

—Cállate, imbécil. Lo vas a saber demasiado pronto. Antes de lo que te gustaría —fue la respuesta de Artie Long.

—¿Sabe Marsh lo que le va a costar esto? Y tú, ¿lo sabes?

—Si vuelve a abrir la boca, dale fuerte —ordenó Long al calvo.

—Nadie me ha dicho que le pegue por hablar —respondió este último trabajosamente. Le faltaban varios dientes.

—Te lo digo yo, imbécil.

—No le pegaré si no intentan nada contra nosotros

Ev volvió la cabeza. Había varios automóviles detrás de ellos, pero ninguno parecía seguirlos. Se preguntó si los hombres de Majenski los habrían abandonado. Si lo habían hecho, el horizonte se presentaba muy sombrío. Mucho.

Artie Long marchaba a mucha velocidad. Desde su lugar, Ev vio que el cuentamillas llegaba a los cien. El calvo dijo:

—Vas muy rápido. Hay un límite de ochenta.

—Tú ocúpate de lo tuyo.

—Si nos paran los gendarmes...

—Ocúpate de lo tuyo, te digo.

Un coche los adelantó, casi cerrándolos, para no permanecer mucho tiempo en la margen izquierda. Por un momento Ev creyó que el coche iba a obligarles a parar, pero continuó alejándose. Por lo menos iba a ciento veinte.

Pero ello sirvió para que Artie aflojase el pedal. Durante media hora continuó a ochenta y por fin, al llegar a un motel junto al que habían crecido otros edificios, dobló por una carretera transversal.

Ev no conocía aquello, pero se dio cuenta de que Lee sí. Miraba el paisaje, que se iba elevando, con ojos atentos. Quiso indicarle que no debía hacerlo, pero no podía, bajo la atenta mirada del calvo.

El camino penetraba ahora en un terreno abrupto, al final del cual se distinguían las recortadas cimas de las Montañas Blancas, contrastando con el profundo azul.

Ev estaba seguro de una cosa: No les habían vendado los ojos porque pensaban matarlos. De lo contrario se los hubieran tapado. Miró al calvo y vio una cara inexpresiva, brutal, la nariz aplastada y las orejas arrellanadas. Un antiguo púgil, probablemente sonado, pero no por ello menos peligroso.

El camino atravesó un barranco sobre un puente lanzado graciosamente sobre él. Más allá trepaba por un desfiladero para coronar un pequeño puerto. Fue pasado este cuando distinguieron la casa.

Estaba en una de las laderas y la rodeaba una baja valla de piedra. Artie paró el coche a la entrada y se bajó.

—Vosotros dos, abajo —dijo.

Estaba en una de las laderas y la rodeaba una baja valla de piedra. Artie paró el coche a la entrada y se bajó.

—Vosotros dos, abajo —dijo.

Descendieron, con el calvo detrás de ellos apuntándolos con el revólver. Un poco más allá de la casa había una brusca cortadura, tras de la que se veía la montaña aplanada. Una antigua cantera. Ev sintió que el vello de la nuca se le erizaba. Una cantera abandonada es un lugar muy a propósito para ciertas cosas. Una de ellas, matar a alguien, y dejar su cuerpo en la escombrera.

Artie traspasó la valla y abrió la puerta de la casa. El calvo los obligó a entrar. Se componía de una amplia habitación, casi desnuda, a la que daban dos puertas. No se usaba hacía mucho tiempo, eso era evidente a todas luces.

—Quédate con ellos mientras echo una ojeada —dijo al calvo. Este asintió. Luego, Long salió.

—Sentaos en el suelo —dijo el calvo. Obedecieron. Ev miró al otro.

—¿Qué pensáis hacer? —preguntó. El calvo se encogió de hombros.

—Eso no me toca a mí —dijo—. Lo que quiera ese.

—Hay dos mil dólares para ti si guardas el revólver y me dejas a solas con Long —dijo Ev tocando con una mano el brazo de Lee. Esta, pálida, tragaba saliva a su lado.

—No hay tratos —respondió el otro—. No trato contigo.

—Tres mil —adujo Stecman—. Tres mil y no te ocurrirá nada. Si Artie nos mata lo único que tendrás será la policía a los talones.

—No hay trato.

Artie volvía. Se les quedó mirando.

—Escucha, Long —dijo Ev procurando controlar la voz—. Tienes una oportunidad si quieres aprovecharla. Esta misma noche llegarán los ejemplares de un periódico que se tira a muchas millas de aquí. En él viene la historia de Marsh. Después de que se haga pública la policía se va a poner al rojo. Puedes escapar si nos dejas libres. Yo procuraré que tu nombre salga lo menos posible en el asunto. Es más. Te ofrezco diez mil dólares si nos dejas en algún lugar cerca de la ciudad y... salvos.

—Tú —dijo Long—, y yo, vamos a tener una explicación. Y todo eso que has dicho no son más que mentiras.

—No lo son. Los periódicos ya están en camino. Después de que se sepa la historia no vas a encontrar donde esconderte.

—Apúntale bien —dijo Artie al calvo—. Yo voy a suavizarlo un poco.

—Artie —dijo el calvo un poco trabajosamente—, el jefe ha dicho que no los toques.

—Él me hizo esto —respondió Artie violentamente señalando su nariz—. Y me lo va a pagar. No te digo que lo toques tú. Digo solo que lo cubras mientras lo suavizo.

—Si los vamos a... —el calvo se detuvo—. Bueno, haz lo que quieras, pero luego te entenderás tú con el patrón.

—Ahora —dijo Artie avanzando hacia Ev—, te voy a dar un poco de lo que me diste cuando yo no podía defenderme.

Ev comprendió que el otro hablaba en serio y se preparó. Pero poco era lo que podía hacer y bien que lo sabía.

* * *

Ethel cogió el teléfono rápidamente. Llevaba mucho tiempo junto al aparato.

—¿Hable? ¡Hola, Mallory! No, Stecman no está aquí. ¿Qué te hizo pensar que lo estaba? ¿Han llegado ya los periódicos del Este?

Al otro lado escuchó una breve risa. Luego Mallory dijo:

—Tengo que hablar con Ev, Ethel. Ha estallado la bomba.

Ethel dudó un momento, solo unos instantes.

—Mallory, Ev ha estado aquí, escondido. Si lo dices a la policía, mi abuelo te hará pedazos.

—No pienso decirlo. Me gusta Ev. Pero quiero que sepa que han llegado los periódicos del Este y que se prepare. La historia está bastante completa. Van a ocurrir cosas.

—Que ocurran. Escucha, Mal, te voy a decir una cosa: Ev ha salido para encontrarse con Marsh. Pero en este momento no sabemos lo que ha sido de él.

—Comprendo. Lo siento. Bueno, si sabes algo, ¿podrías llamarme? Van a repartir ya los ejemplares.

—Lo haré, Mal. Y ahora, por favor, cuelga. Estoy tratando de comunicarme con Ev.

Jadeaba ligeramente cuando colgó el teléfono. Llamaron a la puerta de su habitación. Dijo que pasaran.

Era Bertie.

—Ethel, el muchacho entró en el rancho. Hemos llamado dos veces, pero Marsh niega que esté allí. Más o menos. He hablado con su abuelo y me dice que tal vez usted quiera algo.

—Voy a verlo.

Majenski estaba en su despacho. Levantó la mirada.

—No quiero hacer nada sin consultarte, pero me parece que las cosas se están precipitando mucho. ¿Te lo ha dicho Bertie?

—Sí, abuelo. Y quiero que hagas todo lo que puedas.

Majenski seguía mirándola. Luego, dijo:

—Ethel, cuando mi padre llegó a este país en 1885, tuvo que trabajar en el peor de los trabajos: En los mataderos de Chicago. Si no hubiera encontrado a mi madre, que no era polaca, sino norteamericana, probablemente no habría podido salir adelante. A ella no le importó que él fuera muy pobre y todo aquello. Le ayudó. Ni a mí se me ha olvidado ni se me olvidará. Veo que tú ahora quieres ayudar a un hombre, y me parece bien. El chico me gusta.

—Bueno, ¿entonces?

—Hay una cosa. Cuando yo pego, pego fuerte. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, abuelo. Quiero que lo ayudes.

—Con una condición.

—Dila.

—No quiero que te vayas lejos. Ya sé que los jóvenes deben volar con sus propias alas, pero no quiero que te pierdas de vista. Me gustaría conocer algún biznieto antes de que sea tarde. Si saco a ese joven de su apuro... y fíjate bien que no sé si lo lograré, pero haré lo posible, me gustaría que trataras de retenerlo aquí, cerca de mí.

—Espera un poco, ancianito. No me ha pedido que me case con él.

—Pídeselo tú y en paz. ¿Conforme?

—Bueno, haré lo posible, eso es lo que te puedo asegurar. Tampoco yo quiero perderte de vista.

—Si quiere trabajar en un periódico, fundaré un periódico.

—No hagas eso —dijo ella, acerbamente—. Al hombre que se case conmigo no le pondrán las cosas así. Tendrá que ganarlas.

Majenski rio.

—Tienes razón. Me gusta que digas eso. Bien, me conformo con que trates de quedarte aquí. ¿Conformes...?

—En eso, sí, plutócrata indecente.

—Cállate, comunista.

Tocó el botón y Bertie asomó la cabeza.

—Entra, Bertie.

El corto, pero robusto cuerpo se metió en la habitación.

—Bertie, quiero que ese muchacho aparezca. Si está dentro de la casa de Marsh, como si está fuera. Si lo sacan de ella, seguidlo. Pero... Bertie, quiero que ese chico vuelva.

—Y sano y salvo —añadió Ethel. Había cruzado los brazos sobre el hermoso pecho y respiraba agudamente. Sus ojos eran fríos.

—Tal vez haya... jaleo, señor —dijo.

—Bueno. Voy a llamar al comisionado de policía.

—Yo no lo haría aún, señor. No tendrá usted que aparecer, si lo hacemos bien.

—Hazlo, Bertie. Como sea, pero hazlo.

Bertie se rascó la barbilla. Casi se podía oír funcionar los engranajes de su cerebro.

—Sí, señor.

—No puedo estar aquí parada —dijo Ethel nerviosamente—. ¿No podría yo ir con alguno de esos muchachos?

—No creo —respondió el abuelo, encendiendo un cigarro—. Seguro que habrá pelea. Y puede que no solo a puñetazos. Demontres y demontres. Puedo asegurarte que no me importaría verlo yo también. Soy demasiado viejo para intervenir, pero...

Los ojos de ambos se encontraron. Los dos sonrieron al mismo tiempo. Majenski llamó a Bertie de nuevo con voz ronca.

—Bertie... ¿no podrías proporcionarnos un palco prosenio para la función?

El hombrecillo volvió a rascarse la barbilla.

—Un buen lugar para verlo, ¿verdad, señor? Sí, creo que sí. Dentro de media hora le diré dónde y cuándo. Pero... no convendría que usted se hiciera demasiado visible.

—Deja eso. Consíguenos un lugar, y yo me ocuparé de lo demás.

—Sí, señor. Con gusto. A mí también me gustaría, pero yo seré

necesario aquí para coordinar.

Media hora después entró de nuevo.

—No irán en el «Cadillac», señor, sino en un coche que no se distinga tan fácilmente. Ya está preparado. Pero —miró a Ethel—, espero que si ve algo que no le guste demasiado, aparte la mirada. No se le ocurra intervenir. Puede haber cosas desagradables.

—No te preocupes por eso, Bertie.

Majenski se puso una chaqueta de hilo blanco y su nieta y él salieron del despacho. Subieron a un «Buick» azul oscuro. El conductor debía tener órdenes, porque inmediatamente se lanzó a la circulación con pericia y rapidez. Diez minutos después habían salido de la ciudad.

—¿Dónde vamos? —preguntó Majenski al conductor.

Este se volvió.

—Al rancho de míster Marsh.

—¿Que vamos a hacer? —preguntó Ethel.

—Allí nos darán órdenes de parte de míster Bertie, señorita.

Fue antes de llegar al rancho. Una camioneta de reparto de una lavandería estaba detenida en el cruce de la carretera con el camino particular. El conductor y su ayudante reparaban una rueda. El ayudante levantó una mano, y cuando el automóvil se detuvo, se acercó y habló un momento con el chófer.

—No hemos visto salir ningún automóvil de aquí. Deben estar dentro —dijo en voz baja.

—¿Hay alguien en el camino? —preguntó el chófer.

—Sí. Un camión, una pareja de motoristas y un par de obreros de teléfonos.

Majenski se inclinó hacia delante.

—¿Seguro que no ha salido ningún automóvil del rancho?

—Por aquí, no, señor.

—¿Hay algún otro camino?

—Hay uno —dijo Ethel de pronto—. Por la parte trasera del rancho. Un camino que lleva a la nacional 521.

—¿No está vigilada? —preguntó Majenski frunciendo las cejas. El hombre de la camioneta se encogió de hombros.

—No lo sé, señor.

—Llamen a Bertie ahora mismo.

El ayudante corrió a la furgoneta y volvió al cabo de un momento.

—Bertie dice que no, señor.

—Que lo hagan ahora mismo.

—Ya ha dicho Bertie que lo harán.

Ethel se apeó del coche.

—Voy a entrar a ver a Marsh —dijo.

Su abuelo la miró especulativamente.

—No, hija. Escuchen, ¿cuál es el control más próximo que hay aquí? Nuestro, quiero decir.

—En el motel.

—Llámenlos para que vengan a prestar refuerzo... Pero que los telefonistas se metan en la casa. Que corten los teléfonos y luego pasen a buscar la avería. ¿Entendido? ¿Son de confianza?

—Completa, señor Ma... completa, señor.

—Abuelo, quiero ir.

—No. No vamos a intervenir personalmente, hija —parecía estar disfrutando.

—¿Qué hacen los telefonistas una vez allí?

—Carta blanca. Quiero que sepan si el hombre que buscamos está ahí o no. Recibirán refuerzos dentro de poco. Pero que se las compongan como sea.

—Sí, señor —el ayudante corrió hacia la furgoneta.

Diez minutos después el camión de una cuadrilla de obreros que llevaba en el costado el nombre de una importante empresa de construcciones llegó hasta el cruce, se metió en el camino particular y aparcó. De él descendieron algunos tipos con *overalls* y dos carretes de alambre de púas. Varios de ellos se internaron por el camino del rancho.

—Nadie va a salir ahora —dijo Majenski. El teléfono del coche zumbó levemente. El conductor lo cogió. Era Bertie y se lo pasó.

—Señor —dijo Bertie—. Los telefonistas se han metido en la casa. Allí solo hay un hombre y dos doncellas. Pero hay algunos lugares de la casa que no han podido registrar. Marsh sospecha y está gritando.

—¿Está controlado el camino posterior?

—Sí, señor. Nadie ha pasado por él, pero...

—¿Pero qué?

—Pero quizá hayan salido ya. Un motorista y su novia vieron salir un coche hace un rato.

Ethel palideció. Su abuelo la miró.

—No te preocupes, hija —Bertie, hay que peinar la carretera 521. Alguien tiene que haber visto ese coche.

—Sí, señor. No se preocupe, señor, y en cuanto a los telefonistas...

—Que dejen a un lado las precauciones. O, mejor quizá. ¿Hay alguien que pueda pescar a Marsh sin que lo puedan conectar con alguna empresa?

—Oh, sí, señor. Por supuesto.

—Que lo pesquen y lo lleven a algún lugar donde le hagan hablar.

—Sí, señor.

Un coche patrullero se aproximaba por la carretera. El conductor del coche de Majenski puso en marcha el suyo y agitó la mano despidiéndose de la furgoneta, como si hubieran estado preguntándoles si necesitaban ayuda. El patrullero se detuvo.

—¿Ocurre algo? —preguntó uno de los policías. El conductor de la furgoneta movió la cabeza negativamente.

—Ya no, gracias, oficial. Pueden continuar.

El patrullero siguió. Uno de los policías miraba hacia el camión de construcciones, pero los obreros trabajaban entusiásticamente en trasladar su alambre de un lado a otro.

Ethel suspiró.

—Y bien, abuelo... parece que se lo han llevado.

—Bueno, no te preocupes demasiado. No le harán... bueno, no creo que le hagan nada.

—No lo sé. ¡Dios, mío!; me gustaría poder intervenir.

—Lo haremos cuando traigan a Marsh. Llame a Bertie —ordenó al chófer.

Cuando lo tuvo al otro lado del radio-teléfono arguyó:

—Bertie, ¿dónde piensa llevar a Marsh?

—A un almacén de la Pa-Co, señor. Ya he mandado que preparen el lugar.

—Dígame exactamente dónde... Quiero estar informado.

Bertie se lo dijo. Majenski colgó y le ordenó al chófer que circulase lentamente.

CAPÍTULO IX

Fue un Marsh despeinado, con la corbata torcida y en mangas de camisa el que llegó al tinglado de la Pa-Co media hora después, exactamente, caminando entre dos fornidos tipos con «monos» de trabajo. Lo metieron en una nave enorme, llena de bultos y fardos. Tras de una mesa había un hombre de cabeza piramidal y facciones brutales. Se quedó mirando a Marsh con ojos de pez.

—¿Que diablos quieren ustedes? —preguntó Marsh agudamente—. ¿Quiénes son estos tipos? ¿Y quiénes son ustedes?

—Y a usted, ¿qué le importa? —preguntó el otro con voz extrañamente aguda, casi femenina.

—¡Me han traído aquí con los ojos vendados! ¿Saben ustedes quién soy?

—Cállese. Voy a hablar yo. Pero poco. Le voy a preguntar dónde está un hombre que fue a su casa.

Cogió un periódico y lo tiró sobre la mesa, abierto. Una cabecera anunciaba en grandes titulares que un tal Marsh, millonario, perseguía a su mujer y le fraguabas pruebas en un juicio por divorcio. Marsh palideció.

—¿Quién es usted? —dijo—. Quiero salir inmediatamente de aquí.

—Bueno, ya lo ha dicho, ¿no?

El tinglado estaba casi a oscuras. Las rayas de luz que se introducían por las rendijas, y una bombilla, muy alta, eran su única iluminación.

El hombre se puso en pie y se acercó a Marsh. Este al mirarle la cara intentó retroceder, pero los dos que lo sujetaban se lo impidieron.

—Bueno, ¿va a contestar a lo que le he preguntado, hombre?

—No sé ni de lo que me está hablando. Y si no salgo de aquí ahora mismo, mi abogado...

El otro levantó una mano y la dejó caer. La bofetada fue impresionante. Marsh estuvo a punto de caer al suelo, pero lo sujetaron. Los lentes sí cayeron y se hicieron pedazos contra el cemento.

—Bueno, así comenzamos —dijo el hombre—. Seguirán los dientes, y luego un ojo. Después lo colocaremos en un coche y tiraremos este por algún barranco. ¿Le gusta el programa? Pues no me conteste y comienzo de nuevo. Los dientes.

Marsh estaba lívido, excepto una mancha rosada en su mejilla, donde había recibido la bofetada.

—No... no se atreverán... Yo... ¡Espere!

La mano se había levantado de nuevo.

—¿Dónde está ese hombre? Me refiero a un tal Stecman.

—Yo... no lo sé.

—Pero hombre, si estaba en su casa... ¿Cómo es que no sabe dónde está? Bueno, comenzamos de nuevo. En cuanto no me conteste a una sola pregunta y muy fácil. Premio para el ganador: ¿dónde han llevado a ese hombre?

—No lo sé. Y no sé... Dos hombres se lo llevaron... ¡Espere, le digo!, pero no sé dónde. Palabra.

—¿Quiénes se lo llevaron?

—Los llevaron Long y Kid Bolo.

—¿Los llevaron? ¿No estaba solo ese hombre?

Marsh se mordió la lengua. Esta vez recibió la bofetada en los dientes. Dos de ellos saltaron entre una bocanada de sangre.

—Vamos. ¿No quiero perder el tiempo! ¡Contesta, imbécil, responde! ¡Vamos! ¿Quiénes eran, dónde los llevaron? ¡Vamos, responde o vuelvo a pegarte! ¿Quiénes?

—Mi mujer... —escupió—. Y Stecman.

—¿Dónde? ¡Vamos, responde!

Aquel hombre obligaba, lanzaba las frases como una ametralladora balas. Había que responder y aquella mano enorme, dura, como un martillo...

—A una casa que hay en las Montañas Blancas, cerca de Injun's Falls.

—Lugar exacto, vamos, ¡diga el lugar exacto!

De la mesa había cogido un mapa. Lo puso ante las narices de Marsh. Este se limpió la nariz y la boca y miró. Por fin señaló un lugar.

El otro tomó unas rápidas notas. Luego miró a Marsh con ojos irritados.

—Usted se va a quedar aquí hasta que sepamos si es o no verdad. Si lo es, lo soltaremos. Si no lo es... le va a ocurrir exactamente, fíjese bien que digo exactamente, lo mismo que le haya ocurrido a él. ¿Comprendido?

—Sí... Pero escuche, yo...

—Cállese a menos que tenga algo importante que decir. Usted está acabado, Marsh. Después de este asunto tendrá que salir de la ciudad... si no le ha ocurrido algo a ese hombre. Si le ha sucedido algo... ya le digo igual, igual le va a suceder a usted. Lléváosle.

Lo cogieron casi en volandas y se lo llevaron. Luego volvieron.

—Queda bajo buenas manos —dijo uno de ellos.

El hombre de la cara brutal ya estaba llamando por teléfono.

—Míster Bertie, el lugar exacto es una cabaña cerca de Injun's Falls, muy cerca de la antigua fábrica de luz, al final de un camino vecinal. No parece que haya otra por allí. ¿Qué hago? No, por supuesto, no va a escaparse. Le respondo con lo que quiera, señor. Si se me escapa puede cortarme los atributos. Bien, bien, como usted diga, señor. Le he pegado algo, lo suficiente como para que hablase. Usted manda, míster.

Cuando Bertie colgó, cogió un mapa topográfico de la región y echó una ojeada. Localizó el lugar casi instantáneamente y cogió el teléfono.

Impartió un par de órdenes y luego llamó a Majenski, a su automóvil.

—Ya he dado la localización de dónde lo tienen, señor. Sí, Marsh, ha cantado como un jilguero. No hay más que ir a buscar a ese joven. Está con la mujer de Marsh. Y, señor, más vale que la cosa vaya aprisa. Mi hombre ha sacado la conclusión de que piensan deshacerse de Stecman. Es preciso ir aprisa.

Ethel oyó las palabras y palideció. Su abuelo le puso una mano sobre el brazo.

—Tranquila, Ethel —se inclinó hacia el conductor—. Vaya hacia el punto que dice Bertie. Lo más aprisa que pueda, muchacho.

El «Buick» comenzó a deslizarse cada vez más velozmente, hasta alcanzar el límite de ochenta millas. Pronto alcanzaron al patrullero, que se movía más lentamente que ellos, y lo perdieron de vista.

—Se diría que estás gozando, anciano —dijo Ethel tensamente.

—Estoy gozando. Quizá me estaba apoltronando un poco en los despachos. Por favor, deja de preocuparte o comenzaré a hacerlo yo. Hacemos todo lo posible.

—Lo sé, abuelo, lo sé. Por cierto, me gustaría que Mallory se llevase una primicia. Esto va a ser noticia.

—¿Y tú eres la que querías ser periodista, muchacha? Un auténtico reportero no pensaría en regalarle el pisotón a otro.

—No estoy pensando «en periodista» ahora.

—Un periodista debe pensar siempre «en tal».

Se estaban entreteniendo. El «Buick» rodaba con suavidad, pero los árboles de la carretera parecían volar ante su mirada. Cuando llegaron al cruce con la carretera que llevaba a las montañas, el conductor tomó la curva casi sin frenar. Fue entonces cuando vieron un micro, y dos automóviles iban en su misma dirección, y casi tan rápidamente como ellos.

El conductor de Majenski habló un momento por teléfono. Se volvió al viejo.

—Son los muchachos, señor.

—Sígalos.

Ascendieron por la carretera de montaña. El aire se hizo más fresco, y los grandes pinos y las hayas los cercaron. Grandes rocas se abrían paso entre la piel de la tierra.

—Llegaremos a tiempo, pequeña —dijo Majenski—. Ya lo verás.

Encontraban poco tráfico. La carretera no era la misma que llevaba a las urbanizaciones de los lagos, afortunadamente. De lo contrario hubieran tenido más dificultades para correr.

Por fin llegaron a la meseta poco más allá de la cual se coronaba el puertecillo. El micro se detuvo. Uno de los hombres se acercó rápidamente a Majenski. Era un tipo fornido, en mangas de camisa. Llevaba un paquete

bajo el brazo.

—La cabaña debe estar detrás de esos árboles, señor —dijo mirando un mapa y señalándolo con un sucio dedo.

—¿Van ustedes armados? —preguntó Majenski.

—Vamos preparados, señor —respondió el otro prudentemente.

—Bien, adelante. ¿Les ha hablado míster Bertie?

—Sí, señor. Nos ha dicho que no lo hemos visto a usted. Para lo que sabemos, usted no existe.

—Bien. No lo olviden.

—Bertie no nos permitiría olvidarlo —respondió el otro con una sonrisa—. Nos gustan nuestros puestos. Este... señor, si viene la policía... sería mejor que usted no estuviera por acá.

—No se preocupe. No pierdan tiempo, ¡hombres!

El otro salió corriendo. Del micro y de los autos habían descendido varios hombres. Todos llevaban paquetes, pero uno de ellos abrió el suyo y salió a relucir una pistola. Al instante, se lanzaron hacia los árboles y un momento después habían desaparecido.

—Abuelo, si se te ocurre decirme que no vaya, te estrangulo —dijo Ethel—. Porque voy a ir.

—Hazlo. No quiero que me estrangulen.

Ethel saltó al suelo y, pisando las agujas de pino, corrió hacia adelante.

Alcanzó a los hombres enseguida. Uno de ellos se volvió.

—Señorita, por favor, usted no debe...

—Cállese y siga.

Vieron la cabaña casi al momento. La puerta estaba cerrada. El hombre alzó la mano y al instante todos ellos se dispersaron entre los árboles. Parecían bien coordinados. Luego, el que los mandaba avanzó hacia la cabaña, inclinado, pero rápidamente.

Llegó hasta la puerta, se puso a un lado en el mejor estilo comando, y dio una formidable patada. La puerta saltó hacia adentro. Al instante, todos los demás salieron del refugio de los árboles y se precipitaron hacia la casa.

Ethel iba entre los primeros. Dos de los hombres, junto a ella, la cubrían con sus armas.

Se oyó un disparo y un grito.

Un momento después pareció desatarse el infierno.

El jefe había saltado contra un hombre que estaba junto a la puerta. El tipo, un hombre alto, completamente calvo, lo rechazó de un golpe brutal en el plexo solar mientras Long volvía a disparar contra una de las figuras sentadas en el suelo.

La lucha duró muy poco. El calvo fue reducido entre tres hombres, que le golpearon con sus armas en la cabeza, y Long, que parecía haberse vuelto loco, disparó dos veces, aunque sin dar a nadie. Lo tiraron al suelo y

lo sujetaron.

Ethel se lanzó hacia las figuras sentadas. Everett Stecman se sujetaba el pecho con las manos, y tenía un gesto de dolor en el rostro. Lee trataba de apartarle las manos. Ethel la hizo a lado.

—¿Dónde? —preguntó.

Ev la miró tratando de sonreír.

—Aquí —dijo. Apartó las manos y la sangre corrió por su pecho abajo.

El jefe se acercó.

—No se mueva, amigo —dijo—. Usted, quieto.

Rápidamente apartó también a Ethel y miró, sin tocar la herida.

—Parece alta, pero ni se mueva. Enséñeme la boca.

Ev la abrió.

—Tosa.

Lo hizo.

—No parece, pero no nos arriesguemos. Traed una lona y ramas.

—Escuche —dijo Stecman—. No me han dado en el pulmón. Ha sido más arriba. Lo sé.

—¡Cállate! —ordenó Ethel.

—Te digo que lo sé. Puedo levantarme, y respiro bien. Solo me duele condenadamente.

Se incorporó. La sangre seguía corriendo. Cerró los ojos.

—¿Lo ve? —dijo el hombre—. Quietos, amigos. Vamos, traed lo que os he dicho, y aprisa.

—Ha sido ese maldito asesino —dijo Lee—. ¿Por qué no lo matan de una vez?

—Cállate —ordenó Ethel.

Trajeron una lona, pusieron cuatro palos de *baseball* debajo y acostaron a Ev encima. Este protestó, pero Ethel le cerró la boca.

—Tenemos que salir de aquí —dijo el hombre—. Alguien ha podido oír los disparos y acercarse a olfatear.

Cogieron al calvo y a Long, que blasfemaba estúpidamente y trasladaron a Everett. Un momento después llegaban a los coches. Subieron a Stec al micro y a los otros dos en los coches. Luego, emprendieron la marcha. Ethel se sentó junto a su abuelo y le explicó en pocas palabras lo que había ocurrido. Majenski asintió.

—Bueno, en el hospital de Burbagge arreglarán a ese muchacho enseguida.

—¿Y los otros? —preguntó ella.

—Derechos a la policía. Me marearán a preguntas, pero no mucho. Llama a Bertie.

Cogió el micrófono. Cuando Bertie se puso y le ordenó que avisara al sanatorio de Burbagge y a los abogados. Reunión en su casa al cabo de una hora. Luego se reclinó en el asiento.

—Cuando era pequeño me dijo mi padre que el dinero es lo más importante para los que no lo tienen, pero aún lo es más para los que disfrutan de él —dijo satisfecho—. Soy un plutócrata y ahora me alegro... por ti.

Ethel no respondió. Yo estaba conforme, pero no era el momento de discutir.

* * *

Everett yacía en una cama blanca en una habitación también blanca y a su lado estaban una enfermera negra vestida de blanco y un doctor. Ethel abrió la puerta sin llamar y el herido la miró.

—Todo bien —dijo el médico con esa profesionalidad afable de los bien pagados—. Solo una clavícula rota.

—Solo —dijo Stecman con una mueca—. Se ve que no se la rompieron a usted, doctor.

—Me rompieron algo más en Vietnam y sobrevivo. Lo mismo que usted. Dos meses y algunos dolores cuando cambie el tiempo. Señorita Majenski, ¿se va a quedar mucho tiempo?

—No lo sé. ¿Puedo hablar con él un rato?

—Por supuesto. No le diré que no le canse mucho, porque la cosa no es demasiado importante. Usted lo verá.

Salieron el médico y la enfermera. Ethel se sentó en la silla junto a la cama. Stecman tenía el pecho vendado. Por la ventana, entraba el fuerte olor de rosas. Un jardín se extendía por casi todo lo que alcanzaba la vista.

—Bueno, cuenta —dijo él.

—Los abogados ya están a la greña. Los de mi abuelo han acusado a Marsh de haberte raptado lo mismo que a Lee. Y la opinión pública está volcada contra él. No sé lo que le ocurrirá, pero algo de grueso calibre va a ser.

—¿Lo han enjaulado?

—No, ha salido bajo fianza, pero no se puede mover de la ciudad.

—¿Y Lee y el niño?

—Están bien. Lee quería venir a verte. Bueno, vendrá a verte. Supongo... supongo que tratará de recuperarte. De repescarte, diría yo.

Ev la miró sorprendido.

—¿Repescarme? Ya tuvo su oportunidad y la cambió por unas cuantas pesetas. Ahora tengo yo mi oportunidad y no pienso desaprovecharla.

—¿Oportunidad de unos millones también?

—¿Qué diablos estás diciendo? Me importa un rábano si tienes o no millones.

—¿Cómo puedo saberlo yo?

—Muy sencillo.

Ev solo dudó un momento:

—Cuando yo me marche de aquí, lo sabrás.

—Bueno, tampoco te he pedido eso. Pero si es lo que quieres...

—Tengo mi trabajo y me están esperando en él. En cuanto acabe el juicio me largaré.

Ethel se puso en pie. Llevaba un traje de hilo blanco completamente.

—¿Es esa tu última palabra? —preguntó secamente—. No soy de las que caen de rodillas para suplicar cosas. Reconocerás que no lo necesito.

—Lo reconozco. Pero no vuelvas a hablarme de tus millones. No pensé jamás en ellos. No los quiero. Me basta con mi profesión. El fracaso con Lee me hizo beber demasiado tal vez... Bueno, esto parece una confesión. Pero en los días que llevo aquí apenas he... No quiero seguir hablando. El médico ha dicho que no me fatigue y tú me estás excitando.

Ella se inclinó rápidamente hacia el herido y lo besó.

—Vendré mañana.

—Esta tarde.

—Está bien. Esta tarde. Y... Ev, te quiero.

—Estamos empatados en eso. Ethel... no soy fácil de llevar. Tal vez fue eso lo que llevó a Lee a pasarse a Marsh.

—¿Quieres no volver a nombrarla?

—Quiero.

Ethel fue hacia la puerta. Su negro cabello y sus ojos verdes eran una tentación tan fuerte que Stec cerró los ojos. Al abrirlos ella había desaparecido. Se reclinó en la cama y sintió que se le cerraban los párpados. Cuando la enfermera entró estaba profundamente dormido.

FIN

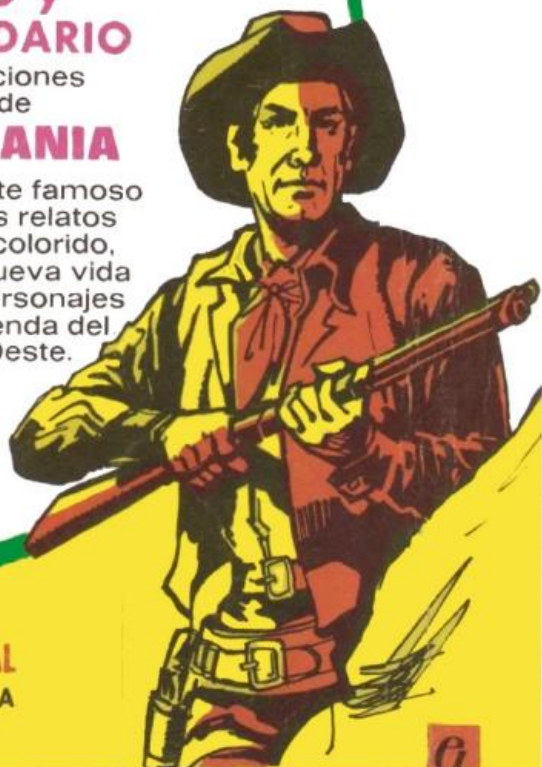
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.